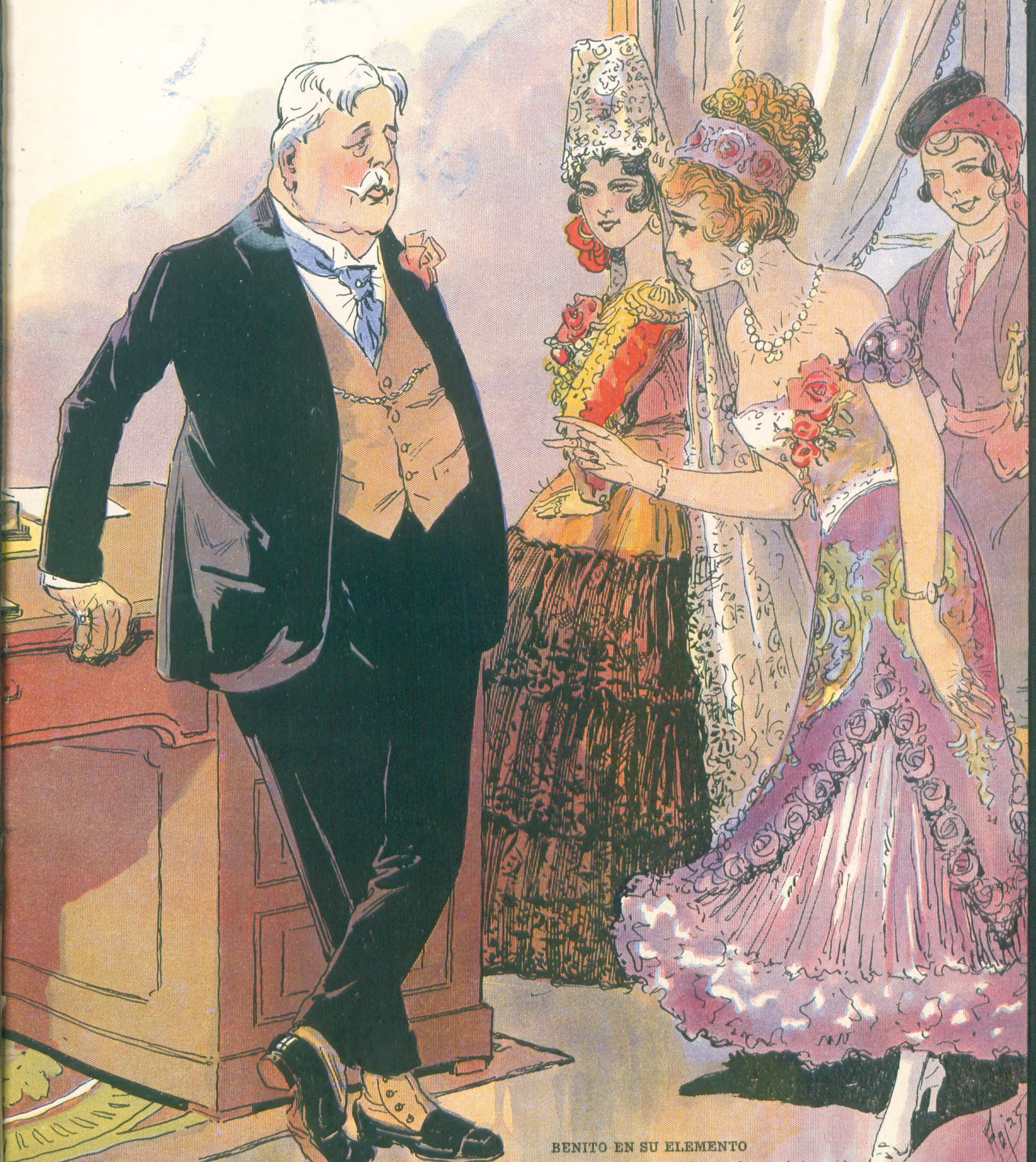
FRAY MOCHO



BENITO EN SU ELEMENTO

—Nosotras somos muy agradecidas y venimos a felicitarlo por haber sido elegido presidente de la República en caso de acefalía o desculminación.

—Yo os agradezco vuestra felicitación y os anticipo que desde ahora en adelante, nuestras relaciones se estrecharán cada vez más.

HESPERIDINA BAGLEY

FABRICADA DESDE 1864

EL GRAN APERITIVO NACIONAL



Su decaimiento y su malestar obedece únicamente a su estado de debilidad. Ningún tónico, por activo que sea, le devolverá a Vd. las ganas de comer como una copa de

HESPERIDINA BAGLEY

Ella es el heraldo que pregona desde hace muchos años la salud a todo inapetente.

FRAY MOCHO

Año VIII — Buenos Aires, 16 de septiembre de 1919 — Núm. 386

La misión francesa de aviación

Con la satisfacción consiguiente, nuestra ciudad hospeda a los gallardos representantes del heroico cuerpo de aviadores de Francia. A todo género de agasajos, como era de presumirse, está dando lugar su presencia entre nosotros, donde tan vivas simpatías se sienten hacia todo lo que proviene de la gran nación latina. Nuestro cuerpo de aviadores, especialmente, que hasta aquí ha confraternizado tanto con sus egregios camaradas italianos, comparte ahora con los colegas franceses los mismos sentimientos.

Bienvenidas a nuestro país estas misiones, tan fructíferas en el campo general de la solidaridad de nación a nación, como fecundas para el adelanto del noble sport, que ya coopera tan eficazmente en las actividades industriales y comerciales.

El "jueguito" de la Constitución

Acordarse de Santa Bárbara cuando truena, puede ser un recurso como cualquier otro para defenderse ilusoriamente del peligro del rayo. Es la táctica del avestruz, que, perseguido y acosado por los cazadores, esconde la cabeza bajo el ala y sigue huyendo convencido de que la estratagema va a salvarlo. Pero ambos métodos ofrecen el inconveniente secular de su inutilidad. Ni la santa está obligada a proteger al mal devoto, que sólo se acuerda de ella cuando la necesita; ni el doctor Albarracín puede estar en todas partes donde los avestruces apelan a aquel rasgo conmovedor, para, a su vez, emocionar con sus ruegos a los crueles victimarios...

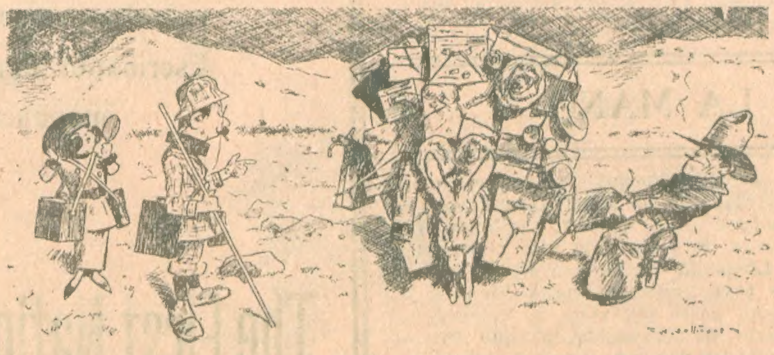
Estas simples perogrulladas, tan simples que cualquier zafio las entiende, son de una impenetrabilidad fantástica para ciertos personajes como el señor gobernador de Tucumán, quien, después de haber hollado una y otra vez las leyes fundamentales de su provincia, disolviendo sin motivo la legislatura y secuestrando representantes del pueblo, ha dado no hace mucho la nota álgida de aquellas tácticas desprestigiadas, recordando, al convenirle así, que el único juez de sus actos, según la constitución, es... la legislatura.

¡Lástima grande para el prestigio de aquel gran estado argentino, que el recuerdo no surgiera con motivo de algún asunto en que no estuviera en tela de juicio los procedimientos legales ni la probidad del oficialismo tucumano!

Porque si es innegable que el ministro del interior carece en absoluto de derechos para atropellar la autonomía de una provincia pidiendo explicaciones a su gobernador sobre cuestiones de su manejo interno, no es menos triste el caso de esa turbia expropiación del Savoy Hotel tucumano, que da pie, por razones de solidaridad política, a estas indirectas de orden moral surgidas de la presidencia.

La autonomía de los estados es una cosa sagrada; pero para invocarla en conciencia, es indispensable tener las manos limpias... Lo demás es farsa y tristeza.

POR QUÉ SE DICE MALAS PALABRAS



—Un momento: mi mujer ha dejado la polvera en alguno de los baúles.

LOS ESCLAVOS

(Del nuevo libro "Diafanidad")

Ha hecho tu hermosura dos esclavos
que sólo por ti viven y a ti miran;
son mis ojos, que ponen a tus plantas
el ardiente implorar de sus pupilas.

Ha hecho tu hermosura una otra esclava
que sólo por ti llama y por ti ora,
y por tu nombre, estremecida, impreca
y por tu amor suspira: ella es mi boca.

Ha hecho tu hermosura dos humildes,
nostálgicos de amores, dos esclavos
que a tu cuerpo se tienden implorantes,
ansiosos de belleza: son mis brazos.

Ernesto MORALES.

MUCHO GUSTO EN VERLE



—Es un compañero de colegio que no le ve desde hace catorce años...
—Dile cuánto necesita para no verme durante otros catorce años.

El censo y las provincias pobres

Ya estamos todos enterados de que si se aprueba la ley de representación parlamentaria con arreglo al último censo, algunas provincias deberán reducir el número de sus diputados, y en cambio otras lo aumentarán en tal forma, que al final de cuentas no cabrán en el Congreso.

La diferencia ofrece su pro y su contra. No hay duda que allí donde la población crece, lo mismo que donde disminuye, la representación debe ser proporcional, como lo manda la ley de las leyes. Pero, señor, si el último resultado ha de consistir en una aglomeración de legisladores con el consiguiente recargo económico y las inevitables dificultades de la mayor confusión, casi diría el buen pueblo que más cuerdo es reformar la base del sistema. El espectáculo legislativo argentino no es alentador. Las discusiones se eternizan, el quorum es un problema, la iniciativa parlamentaria parece floja, hasta en la defensa de sus fueros y privilegios. ¿Qué será cuando aumentada la cantidad material de sus componentes, se diluya la responsabilidad, y las leyes se produzcan como meras transacciones entre grupos antagónicos o transitoriamente aliados? ¿Ganará el país con ello, o, por el contrario, veremos descender aún más el nivel de la representación popular? Nuestra deficiente educación política, que aun no acierta a fijar en normas invariables las atribuciones del poder ejecutivo, por ejemplo, que a diario proclama doctrinas universalmente criticadas, pero a la postre triunfantes, pues que nadie las corrige; nuestra educación política, decimos, no nos habilita para sentirnos sinceramente satisfechos de este aumento, que si resultara en mengua de la importancia legislativa, fomentaría el otro peligro del auge presidencial con todos sus inconvenientes...

Por otra parte, la disminución representativa de ciertas provincias es una cosa triste, fuera de duda. Mas para reaccionar contra el daño moral indiscutible, no es buena práctica la de cerrar los ojos a los resultados del censo y obstaculizar la sanción inevitable. Más patriótico fuera inclinarse ante la fatalidad ordenada por la constitución, buscando al mismo tiempo las soluciones que no pueden faltar para el victorioso desquite en el más breve plazo posible. Lejos de significar el censo para los verdaderos sentimientos nacionales, una pasiva obligación de reconocer el empequeñecimiento económico de las provincias afectadas, implica todo lo contrario: el deber de los poderes federales de fomentar, de ayudar, de engrandecer por todos los medios a su alcance, esas zonas del territorio de la república. Las causas de su lento desarrollo son complejas y en gran parte conocidas. Urge perfeccionar el estudio, y no ol-

vidar que sin una sana política agraria, sin un plan honrado y metódico que consulte a la vez todas las deficiencias ambientes y despierte las inmensas riquezas en potencia que esas mismas provincias poseen, no se habrá dado un paso.

La única intervención simpática

Todas las noches, los vecinos de la capital federal que no son Cresos, tiemblan al acostarse. Frecuentemente, duermen agitadamente, tienen pesadillas o agonizan en sueños. Al otro día, su semblante pálido, su persistente jaqueca, su inadaptación al trabajo, les vale más de un disgusto, que sumado al sordo dolor de marras, concluye por convertirlos en seres inútiles, adormilados, buena carne de consultorio...

¿Quién tiene la culpa? ¿Quién aflige de tan cruel modo a nuestros buenos bonaerenses? ¿La crisis?... La crisis, sin duda, alma mater de todos los dolores del hombre moderno; pero la crisis en una de sus formas más antipáticas y antinaturales que sea dado sufrir: la crisis en figura de casero. Da frío oir lo que cuentan por ahí honrados padres de familia, y sobre todo honradas madres de ídem, quienes ya han encontrado este atroz compañero del alquiler caro a sus cuitas sobre el precio del azúcar, del pan, de la carne, de los medicamentos...

No es posible que tan espantoso flagelo carezca de remedio. Mientras la población aumenta, y la edificación no prosigue, los propietarios se ponen las botas, y las casas y los departamentos duplican el precio de sus alquileres.

¿Es esto justo? ¿Se puede tolerar? ¡A ver, los poderes públicos tienen la palabra! Esta sí que sería una intervención simpática...

EL ASCUA EN LA MANO

—¡Ah! ¿Conque os reís porque digo que el espíritu manda en la materia? —gritó Víctor dominando con su voz potente la algazara.

Uno de los comensales me dijo al oído:

—¡Bonita conversación de sobremesa han sacado esos!

—¡Está borracho!—decía uno.

—¡Hablemos de mujeres, de amor! —gritó otro.

—De amor voy a hablar—dijo Víctor, que al fin consiguió hacerse oir, y prosiguió diciendo:—No quiero recordaros a los mártires cristianos que, cantando la gloria del Dios único, se dejaban despedazar por las fieras neronianas; la fe que anidaba en sus almas era un anestésico para los tormentos del cuerpo. Tampoco sacaré a plaza lo que se cuenta de Arquímedes, tan abstraído en la resolución de un problema, que no oyó el estruendo con que invadía su casa la feroz soldadesca... En estos dos casos fué vencida la materia: por la fe en el primero y por la ciencia en el segundo... Ahora os probaré cómo el amor es también capaz de anular la sensibilidad...

—¡Sacrílego! Lo que hace es estimularla, engrandecerla...

—¡Refinarla!

—¡Quintaesenciarla!

—Me refiero a la sensibilidad dolor. ¿Sabéis que el duque de Lorena estuvo tres meses sin poder empuñar la espada, por culpa de los lindos ojos de una doncella de diez y seis años? Esto sucedió hace tres siglos...

—Y va de cuento...

—No, de historia. Carlos de Lorena había ido a Bruselas y allí vió por primera vez a la encantadora Colombine, hija de un burgomaestre de aquella ciudad. Verla y sentir por ella una violenta pasión, fué todo uno.

Tened en cuenta que, aunque él estaba en la tercera decena de sus años, los estragos hechos en su organismo por el vicio haciánlo aparecer más que cuarentón, mientras que Colombine en la frontera de los diez y seis años, era un capullo de rosa, una maravilla de inocencia y hermosura.

Era la madre de Colombine dama honorabilísima, de severas costumbres, educada en la escuela del honor. Antes que nadie observó la desatada afición del duque, y desde entonces no se separó un momento de Colombine, con la cual no pudo hablar el enamorado ni una sola palabra.

Los grandes señores de aquel tiempo no se tomaban el trabajo de disimular sus vicios y pasiones. Todo Bruselas se enteró del amor vehemente que el duque sentía por Colombine y no faltaron aduladores ganosos de conquistarse el favor del duque que se brindaran a emplearse en infames tercerías.

¡Inútil empeño! La noble dama, guardadora de aquel tesoro, estaba siempre en la brecha, vigilando, sin perder de vista a la hija adorada.

Llegó un día en que el duque Carlos tuvo que partir para Viena y la noche antes del viaje se celebró un festín de despedida, al que fueron invitadas las más linajudas familias de Bruselas; el burgomaestre, padre de Colombine, no se atrevió a desairar la invitación y acudió al banquete, llevando consigo a su esposa y a su hija.

De sobremesa (como nosotros ahora), transmitió el duque a algunos comensales su deseo de que intercediesen con la madre de la joven para que le dejase hablar con ella breves momentos en voz baja en presencia de todos.

La señora se negó resueltamente a conceder tan pequeño favor y de nada sirvieron las súplicas y aun las mal encubiertas amenazas de los secuaces del duque.

A éste, en un estado de indescriptible excitación, conteniéndose a duras penas, se le iba el alma por los ojos en pos de Colombine, que le había hechizado, y encarándose con la adusta dama, exclamó:

—¡Ah, señora: sois bien cruel. Permitidme hablar a vuestra hija sólo el tiempo que pueda yo mantener en mi mano, un carbón hecho ascua.

Seguir negándose con tal condición pareció ya demasiado a la esposa del burgomaestre, y fué concedido el permiso.

El duque y Colombine se retiraron a un extremo del salón. Un criado trajo en una bandeja de plata el carbón encendido, que tomó Carlos de Lorena, comenzando el cuchicheo...

Pasaron unos segundos... A las ardientes palabras del enamorado contestaba con algunas la sin par doncella, roja de vergüenza, trémula, con los ojos bajos...

Pasó un minuto; el duque no soltaba el ascua...

Pasaron dos, cinco minutos... la conversación no tenía fin, y no se sabe lo que hubiera durado a no ser bruscamente interrumpida por la madre de Colombine, que se interpuso entre ambos...

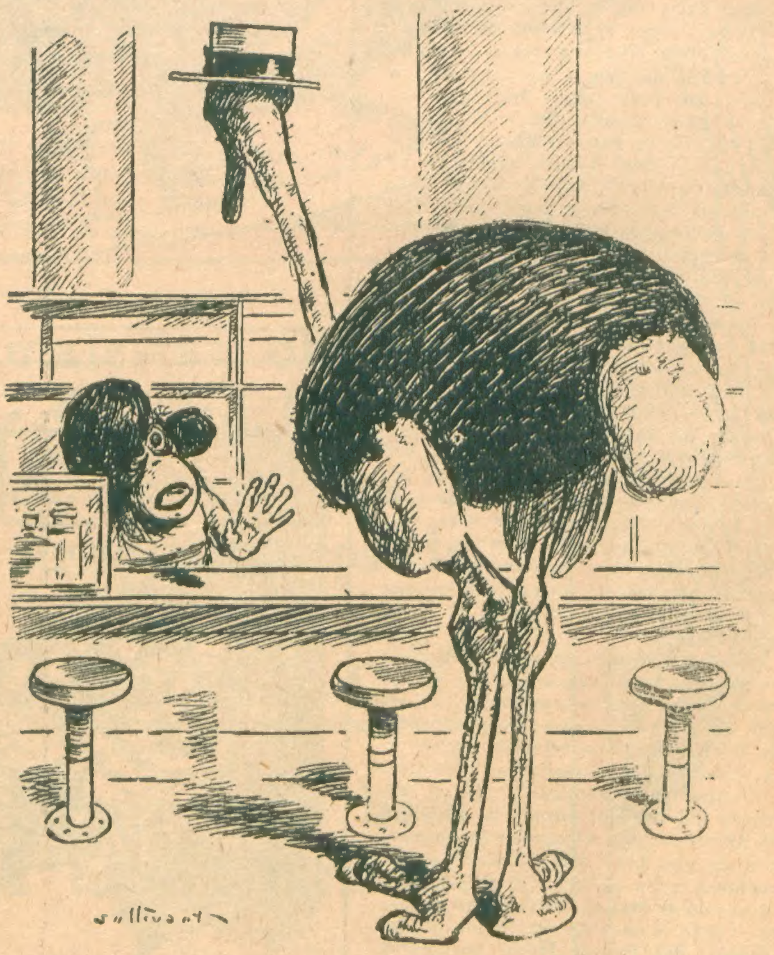
El ascua había quemado horriblemente la mano del duque. El carbón estaba apagado y él sonreía.

Toda su alma, toda su sensibilidad, todo su ser se había reconcentrado en el deseo incontrastable, absorbente, único, de expresar a Colombine su amor y obtener el suyo... ¡Ahí tenéis al espíritu dominador de la materia!

El duque declaró no haber sentido ningún dolor hasta que le sacó de su éxtasis la intervención de la madre.

Ramiro BLANCO.

CLIENTE "UNDESIRABLE"



—Vea, señora avestruz: desde que usted ha venido me faltan un par de tijeras, un abrochador y un juego de útiles de manicuro. Tenga presente que este es un negocio de artículos para hombres y no un restaurant popular.

CÓMO LO DEJAN A UNO



—¿El otro médico le tomó la temperatura?
—Debe habérmela tomado: no me dejó más que mi retrato.

Ganancias de los autores teatrales y de los actores en los Estados Unidos

Los empresarios norteamericanos pagan a los autores dramáticos según su fama y no según su mérito. El autor novel y poco conocido recibe muy poco por su trabajo y los contratos le son siempre desfavorables. En cambio, los que son acompañados por una buena propaganda periodística o un capricho del público, se imponen fácilmente a los empresarios. Los autores de renombre son negociantes en todo el sentido de la palabra. Rara vez son explotados. Entre todos los dramaturgos norteamericanos, el que mejor se las entiende en cuestión de intereses es Augustus Thomas. Cuando entrega un manuscrito exige, como anticipo, de tres a cinco mil pesos. Pero ningún escritor teatral americano llega a las pretensiones del comediógrafo inglés Pinnero, que no empieza a escribir una comedia si no recibe de antemano un cheque por diez mil pesos. Y este anticipo no es calculado como parte de la suma que le corresponde como derechos de autor. Muchos autores norteamericanos no venden sus obras por una suma determinada, sino que reciben una parte de las ganancias que la obra deje al empresario. Esta parte es desde un sexto hasta la mitad. Estipulan al mismo tiempo la entrega de una suma determinada para el caso de que la obra fracase. El autor y actor James Borbes exige un tanto por ciento, bastante elevado, de los beneficios. Con tres comedias ha ganado tres cuartos de un millón de pesos.

Se dice que Jorge Broadhurst ha obtenido cerca de 300.000 pesos con su drama "El hombre de la hora". "Arizona", la más aplaudida producción de Augustus Thomas, ha producido al autor más de 400.000 pesos papel. El drama "Dentro de la ley" produjo a sus autores medio millón de pesos.

Cuando se quiere citar un gran éxito financiero en el campo teatral norteamericano, se menciona la comedia "El león y el ratón", de C. Klein, que ha hecho ganar doscientos mil pesos oro al autor y un millón de pesos oro al empresario que la puso en escena.

Los buenos actores perciben, en los Estados Unidos, de 100 a 200 pesos oro, por semana. No es mucho. Con los artistas célebres los sueldos se elevan, aunque no en la proporción que a menudo creemos al oír hablar de las fabulosas ganancias que pocos artistas obtienen por circunstancias fortuitas o por caprichos del público. Bruce MacRae — éste y los que siguen pueden ser considerados entre los actores célebres — gana 500 pesos oro por semana; Richard Bennet, 500; Courtenay, 500, y Jack Barrymore, 600. Las actrices famosas ganan más o menos lo mismo. El sueldo más alto es el pagado a la actriz Helen Ware, que llegó a cobrar 720 pesos oro por semana.

El término medio de los sueldos de los actores en los teatros norteamericanos justifica la reciente huelga. El primer actor gana por semana 250 pesos oro, el primer actor joven, 125, y los demás actores de 70 a 200 pesos oro por semana. En el país de los millonarios y de la vida cara, esos sueldos están lejos de ser los que deberían ganar.

EL ENCANTO DE LA CASA



—¡Pero, Juan! ¿No se te ocurre nada para hacer callar al nene?
—Sí, se me ocurre ponerle una toalla en la boca y tirarlo al sótano.

Inscripciones en anillos

La costumbre de poner en los anillos de compromiso el nombre de los desposados y la fecha del compromiso o de las bodas, fué precedida por la de grabar en ellos frases que expresaban un sentimiento poético o amoroso. En los siglos diez y siete y diez y ocho esta costumbre era popular en Inglaterra. Se solía poner una parte de la frase en el anillo del novio y otra que la completaba en el de la novia. He aquí algunas de las más bellas o curiosas tomadas de anillos antiguos: La muerte no apartará — corazones que tanto se aman. Ningún presente puede decir — todo el amor que te tengo. No aspire a tener esposa — quien no la quiera como a su vida. Al amarte — me amo. En Dios y en ti — pondré mi alegría. Tú eres mi alegría — de noche y de día. Dios solamente — hace de nosotros dos uno. Todo desdeño — pero a tí te elijo. Se debe amar — a Dios y a ti. Sin fin es mi amor — como esto lo demuestra. Evita todo disgusto — entre marido y mujer. Vive en amor — hasta que la muerte nos separe. El silencio acaba con la querella — entre el marido y la mujer. Vive y ama — Ama y vive. Soy símbolo y prenda — de recíproco amor. Une este anillo — el cuerpo y el alma.

Plantaciones en terrenos baldíos

Si bien la ciencia no puede evitar que se caiga el cabello cuando está "maduro", por lo menos algo puede hacer para reparar la desolación de la bocha pelada, y esto, recurriendo al método más sencillo del mundo: poner otra vez en su sitio lo que se ha caído, plantar cabellos en los cráneos baldíos. Es el método del doctor Szekely. En un alambre de oro que no tiene más de 0.05 de milímetro por diámetro, hace un orificio pequeñísimo, apenas visible a simple vista, por el cual pasa un cabello de mujer muy fino, de 20 a 30 centímetros de largo, de modo que queden a cada lado 10 ó 15 centímetros. Después introduce la otra extremidad del alambrecito en una aguja de Pravaz (esas agujas huecas que sirven para inyecciones) y lo hace salir por la punta de la aguja; cuando llega el agujerito del otro extremo del alambre, corta éste a dos milímetros de distancia y dobla la punta de estos dos milímetros de alambre, de modo que forme un gancho pequeñísimo. Hecho esto, introduce la aguja en el cutis de la cabeza y retira delicadamente la aguja misma, dejando debajo de la piel el ganchito, minuciosamente esterilizado, que retiene, por medio del agujerito, el cabello doblado en dos. Ha efectuado así, una plantación de dos cabellos, que parecen naturales, pues salen de debajo de la piel.

La operación se repite clavando ganchitos a distancia de un milímetro, de modo que se implantan cien ganchitos por centímetro cuadrado, es decir, doscientos cabellos, número más que suficiente para devolver la tranquilidad de espíritu al calvo más exigente. En tres cuartos de hora se puede implantar de 400 a 500 cabellos.

Los pequeños fragmentos de alambre de oro que quedan dentro de la epidermis originan poco rato después de la implantación, una inflamación que no tarda en pasar y en cicatrizarse y que no tiene más efecto que el de fijar mejor el cabello. Los cabellos quedan implantados para siempre; se los puede lavar y peinar como los naturales, sin ningún inconveniente.

La operación no es dolorosa; al cabo de dos días no hay huella sensible de ella. A la semana se puede sacudir y hasta tirar de los cabellos —por supuesto que sin violencia porque serían arrancados como los naturales— a la persona que ha sufrido la operación, sin que sienta dolor. El profesor Havas explica este hecho diciendo que alrededor de los ganchitos incrustados se forma una especie de cápsula de tejidos elásticos. Para cubrir por completo una cabeza, se necesitan cerca de cincuenta mil cabellos. El profesor Havas agrega que conoce personas que tienen desde hace siete años cabellos implantados según el método Szekely y que se conservan en perfecto estado.

Leopoldo MELO.

INSTRUCCIONES PARA LOS AFICIONADOS



—¿Piensa usted sembrar este verano? Adiéstrese en la persecución de las gallinas del vecino.

Contra el vicio de fumar

Hace algunos años se estableció en Chicago un consultorio para curar el hábito de fumar. El director es el doctor D. H. Kress, secretario de la "Liga contra el Cigarrillo", de esta ciudad. El método de cura es sencillísimo. El "enfermo" hace un buche con una solución de nitrato de plata. Poco después se le ofrece un cigarrillo encendido. La combinación química del nitrato con la nicotina, da lugar a la formación de un producto de un sabor profundamente desagradable. La persona que lo haya experimentado una sola vez, concibe una repugnancia invencible a volver a fumar.

Esta propiedad del nitrato de plata era conocida desde hace muchos años, aunque el doctor Kress fué el primero que pensó en utilizarla prácticamente para extirpar el vicio del tabaco. En los fumadores inveterados, se completa el tratamiento de nitrato de plata con una modificación del régimen alimenticio. El doctor Kress observó que, por lo común, los que fuman mucho son también grandes consumidores de té, café, carne y manjares condimentados con exceso. Limitando la alimentación a la leche, cereales cocidos y fruta, la necesidad de fumar se aminora notablemente. Mediante este método, muchos fumadores consuetudinarios han logrado librarse por completo del vicio. Al parecer, los efectos de la cura son permanentes.

La "Anti-Cigaret League", fundadora de aquel consultorio, ha resuelto establecer otros en diversas ciudades de los Estados Unidos. Su campaña contra el uso del tabaco no se limita a esta actividad: colabora con las autoridades a fin de hacer respetar rigurosamente la ley que prohibe la venta de tabaco a los menores y gracias a su intervención se ha conseguido disminuir la venta de cigarrillos en la ciudad en un tanto por ciento relativamente importante.

Dr. TOSCANINI.

Lo que dijeron al morir

Ultimas palabras que pronunciaron algunos grandes hombres: Walter Raleigh: Poco importa cómo queda la cabeza. Goethe: Dejad que entre la luz. Alfieri: Estrecha mi mano, querido amigo, estoy muriendo. Martín Lutero: Padre que estás en los cielos: aunque este cuerpo se deshace y parto de esta vida, sé que estaré para siempre contigo, pues nadie puede arrancarme de tu mano. Haydn: Dios proteja al emperador. Haller: La arteria cesa de latir. Grocio: Sé serio. Erasmo: Señor: termina de una vez. Hilario, obispo de Poitiers: Alma mía, has servido a Cristo durante setenta años ¿y ahora tienes miedo de morir? Parte, alma, parte. Reina Isabel: Todo lo que tengo por un momento más. Carlos II: No dejéis morir de hambre a la pobre Nelly. Ana Boleina, (tocándose el cuello): Es muy delicado, muy delicado... Addison: Ved con qué calma muere un cristiano. Herder: Animadme con un gran pensamiento. Federico V, de Dinamarca: No hay ni una gota de sangre en mis manos. Mirabeau: Dejadme morir en medio del sonido de una música deliciosa y entre la fragancia de las flores. Madame de Stael: He amado a Dios, a mi padre y a la libertad. Lord Nelson: Bésame, Hardy. Hobbes: Voy a dar un salto espantoso en la obscuridad. Byron: Ahora dormiré. El poeta Keats: Siento crecer las margaritas sobre mí. Lawrence: No rindáis al barco. Wáshington: Está bien. Franklin: Un moribundo no puede hacer nada fácilmente. Marion: Gracias a Dios, pongo la mano sobre mi corazón y digo que desde que tuve razón de hombre nunca hice intencionalmente mal a nadie. Jefferson: Entrego mi alma a Dios y mi hija a mi país. J. Q. Adams: Esto es lo último en la Tierra. Estoy contento. Harrison: Deseo que comprendáis los verdaderos principios del gobierno. Deseo que los realicéis. Nada más os pido. Taylor: He tratado de cumplir mi deber. Daniel Webster: Todavía vivo.

Castelar, precursor de Wilson

En una reciente sesión celebrada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas, de París, el consejero de estado Mr. Veraguac leyó un trabajo acerca de las "Miras mundiales" de Emilio Castelar, que, según el conferenciante, fué el precursor de Wilson por sus ideas acerca del derecho de los pueblos y de la sociedad de naciones.

Sección vermouth

RAZON ABRUMADORA

Un individuo harapiento llegó a un sitio, a orillas de un río, donde un botero aguardaba pasajeros para transportarlos a la orilla opuesta.

—Deseo pasar al otro lado.

—Cinco centavos...—replicó el botero.

—No tengo ni un solo centavo... pero necesito pasar al otro lado.

—Vea—exclamó el inflexible botero —un hombre que no tiene cinco centavos está lo mismo de cualquier lado del río.

LO QUE ES LA CIENCIA

—¿Podré tocar el piano cuando esté sano de las manos?—preguntó el herido.

—Sí, señor; sin ninguna dificultad —contestó el médico.

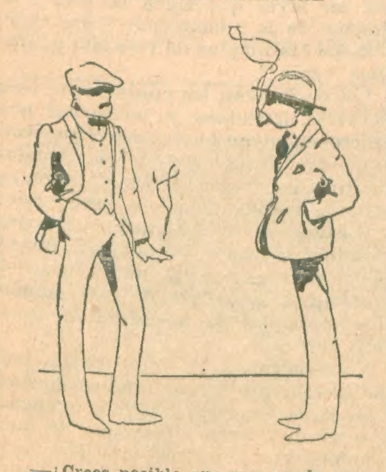
—¡Qué suerte! Es lo que nunca pude aprender antes.

DOS RAZONES

—¿Por qué no quiere usted acompañarme a tomar un wisky?

—Por dos razones: la primera porque soy presidente de la Sociedad de Templanza, y la segunda porque acabo de tomar uno.

PROBLEMA SENTIMENTAL



—¿Crees posible que uno pueda amar a dos muchachas a la vez?

—Sí, pero en el mismo sitio.

ESE SI QUE ERA HONRADO

Iba con una escalera por la calle, y al doblar la esquina tuvo la desgracia de golpear con la escalera en la vidriera de una tienda. El cristal se vino abajo hecho pedazos. Inmeditamente soltó la escalera y echó a correr. Pero el dueño de la tienda lo había visto y lo persiguió. Por fin lo alcanzó:

—Pedazo de pillo. Me ha roto el vidrio. ¿Es capaz de negarlo?

—Sí, yo fuí,—contestó el culpable zafándose hábilmente del apuro — e iba corriendo a casa a buscar la plata para pagárselo.

LA CASTILLA DIFICIL

La vez pasada llevaron a un genovés al Clínicas para que le examinaran la garganta.

—Diga: "A-a-a-a-a"—le dijo el médico.

El genovés, inconmovible, ni abrió la boca. El médico repitió.

—Diga: "a-a-a-a-a".

—Mi nun parla castilla,—replicó el hombre.

NIÑO SENSIBLE

—Mi niño es muy delicado, muy sensible, — dijo la madre al maestro — cualquier cosa le impresiona mucho. Si alguna vez hace algo, bastará, para corregirle, con que usted le pegue al compañero.

LA FILOSOFIA Y EL PROVECHO

Un indígena sudafricano tenía seis mujeres. El misionero metodista le habló de moral. El negro trató de justificarse:

—Cuando uno tiene una sola mujer, la mujer se pelea con uno; pero si tiene dos, se pelean entre ellas y dejan al marido tranquilo...

—Está bien... pero usted tiene seis mujeres.

—Sí, porque cuanto más mujeres uno tiene, más puede cosechar.

TACTO MASCULINO

—No me explico qué es lo que hace decir a la señorita Filetti que eres uno de los hombres más simpáticos...

—La razón es fácil: le envié diez y nueve rosas, ni una más, el día que cumplía veintisiete años.

LAS SIETE EDADES DE LA FELICIDAD

A los veinte años se encuentra cierta felicidad casándose con la muchacha que uno ama. A los treinta se descubre que el trabajo es la verdadera fuente de la felicidad. A los cuarenta uno advierte que los hijos ofrecen los medios de la felicidad. A los cincuenta, la caridad y las iniciativas por el bien de la comunidad parecen señalar el camino a la felicidad. A los sesenta, la filosofía sugiere la dirección de la felicidad. A los setenta se aprende que los nietos tienen la llave de la felicidad. A a los ochenta años se comprende, por fin, que la verdadera felicidad reside en el tabaco.

PERMISO ESPECIAL

El conscripto fué muy suelto de cuerpo a pedir permiso para salir.

—No hace más que pedir permiso, —exclamó el oficial,—¿y ahora para qué necesita salir?

—Van a vacunar al nene de mi hermana.

—¿Y qué tiene que ver con usted?

—¡Es mi hermano! — contestó el conscripto herido en sus sentimientos.

—¿Quién? ¿el nene?

—No, señor; el nene de la hermana de mi hermano... este... quiero decir... yo soy el nene de mi hermana... este... mi madre es la madre del nene... quiero decir...

—No me importa todo eso. Dígame de una vez qué tiene usted que ver en todo eso. Para qué lo necesitan. Es lo que quiero saber.

—Para madrina, señor.

COMO SE DEBE JUZGAR A UNA PERSONA

—Tú no deberías nunca juzgar a un hombre por sus vestidos, querida.

—Jamás lo hago: siempre juzgo a un hombre por los vestidos de su mujer.

CAÑAS Y TOROS

I

En los tiempos primeros de la ciudad de Buenos Aires, sólo alteraba su amodorrada vida el anuncio de "cañas y toros". Tenían lugar tales regocijos en los grandes acaecimientos: la fiesta del patrono San Martín, la del Corpus, el recibimiento de gobernador o proclamación de nuevo monarca. Al decretar festejos el Cabildo, siempre acuerda "que se jueguen cañas y se corran toros". Entre las primeras y de mayor recordación, cítanse las cañas jugadas al recibimiento del primer gobernador del Río de la Plata, don Diego de Góngora.

Aunque modesta aldea Buenos Aires, celebrábanse, en la primera mitad del siglo XVII, con gran boato los juegos, que sus moradores, toda gente batalladora, en quienes bullía aún la sangre belicosa de los conquistadores, mucho holgaban con tales viriles entretenimientos, simulacros de batallas y torneos. Por presentarse en ellos con ricas galas y lucida cabalgadura, vecino había que volcaba parte de su hacienda, empeñaba los censos de las tierras o cedía encomienda de indios.

Jugábanse las cañas como en las zambras moriscas. En ellas lucíase el brío, la gallardía y el ojo avizor del caballero a la par que su saber en el arte de la jineta y de la brida. Eran las armas inofensivas, simulando lanzas y engalanadas con gallardetes y cordones. Para el ataje usaban escudos y broqueles.

Palenque de los juegos era la Plaza Mayor. Dividíanse los mantenedores de la fiesta en cuadrillas de cristianos y moros. Presentábanse éstos trajeados con morisca vestimenta: marlotas y aljubas de rica estofa, bonetes y turbantes con garzotas de airosas plumas, albornoces y blancos alquiceles; todo bordado con profusión de azabaches, chaquira y aljófar. Los caballos briosos y bien arreados, con moruna silla, de cuyo arzón delantero colgábase la adarga.

No menos ricamente ataviados, con vistosas libreas, venían los del bando cristiano; jinetes en ligeros corceles, embrazando el broquel, agitando las simuladas lanzas.

Dada la señal por los jueces, principiaba el juego. Hermoso espectáculo se ofrecía con los variados lances del ataque y la defensa: el acometer, el picar, el sofrenar; los giros y revueltas; el golpe de la arrojadiza caña y el ataje del broquel, firmes en la silla los jinetes o alzados sobre el ancho estribo: el rendaje alto, ligera la espuela. Todo animado por el griterío del populacho, los aplausos de las damas y el revoleo de vistosos lazos y divisas, mientras jueces y padrinos avizoraban se guardasen las reglas y leyes de caballería, para evitar "cañas se vuelvan lanzas", que en todo se obraba a guisa y usanza de torneo.

De luengas distancias venían los indios amigos a presenciar los juegos, que no había para ellos festejo que más les placiera.

Con el correr de los años, mucho amengua el entusiasmo por el juego de cañas; el marcial ánimo de los pobladores decae. Las nuevas generaciones, harto apremiadas por cuidados materiales, dan al olvido los bélicos pasatiempos con que se holgaban los fundadores, arrastrados por el atavismo de la sangre mora que llevaban en sus venas. La ciudad es pobre, merman las granjerías de la tierra, pocos bastimentos arriban y menos se exportan. La menguada hacienda de los vecinos no permite larguezas en vestimentas y arreos. Y cuando el Cabildo ordena "juegos de cañas", excúsanse los hidalgos de tomar parte en ellas, a tal punto que en 1667 se pregona bando, ordenando "que salgan a jugar cañas las personas nombradas y señaladas, bajo pena de cincuenta pesos plata".

A pesar de todo, cae en desuso el juego de cañas; adóptanlo luego, transformándolo a su guisa, los vaqueros primero y los gauchos después, jugándolo con los nombres de "corrida de la bandera" y "juego de pato". Sólo se encuentra mención de un juego de cañas digno de recordación, el año 1747, en que tomó parte el maestro de campo don Juan de San Martín.

II

Con igual entusiasmo que los juegos de cañas, celebrábanse en Buenos Aires, las corridas de toros. En los primeros tiempos, sólo tomaban parte en ellas hidalgos calificados, rejoneando y lanceando; que tan noble juego propio era de caballeros.

Montados en fogosos corceles, atalajados a la jineta, presentábanse los lidiadores, probando su pujanza, bizarría y valor, que era asaz peligroso y se jugaba la vida, al lancear al toro de frente y al galope. Muy diestros en el arte de la brida debían ser los jinetes, y bien amaestrados los caballos, para librar a éstos de la arremetida del bruto; que mengua era para el lidiador dejar herir la cabalgadura.

Matóse alguna vez a mandoble y con montante, prueba de fuerza en que descolló el maestre Cabral, hombre de gran pujanza, que diz cercenaba la cerviz del toro de una cuchillada.

Capeábase también a caballo, con rojas capas, a la manera que lo ejecutan los moros con el albornoz, arriesgada suerte de mucha habilidad y manejo del rendaje.

Al subir al trono Felipe V, demostró por el espectáculo taurino, profunda antipatía, lo que fué motivo para que la nobleza lo abandonase. Tomó posesión el pueblo del redondel que dejaron los caballeros; así vemos en Buenos Aires, que en todo imitaba a la metrópoli, que sólo mulatos y mestizos son los lidiadores. Al tomar carácter popular, perdió la lidia la belleza que dábale el caballero rejoneador, con su gallardía, lujo de arreos y destreza del bien enseñado caballo. Matóse a los toros a pie, sin arte ni elegancia, desjarretándolos a la distancia con medias lunas y garrochas. Grande era el consumo que de varas, garrochas y púas se hacía en las corridas, a juzgar por las cuentas presentadas al Cabildo en cada fiesta, aunque nunca llegaron a tal número como en la celebrada en 1764, para costear el reloj del Cabildo.

Surgieron después en el arte taurino las variadas suertes del gilete, el capeo, la vara larga. Varió la indumentaria del lidiador, vistiendo los llamados "galanes", coleto de ante, calzón de lo mismo, a la rodilla y bien ajustado, mangas de terciopelo y redecilla a la cabeza, media blanca y zapato con hebilla, y los chulos y sirvientes botarga de angaripola. Al uso y modo de las corridas en España, antes de la lidia había juegos, mojigangas, desfile de farautes, alguaciles y alabarderos.

Hasta el año 1772 no se vió en Buenos Aires, la suerte de matar con estoque y muleta, principio del toreo moderno.

Hay recordación en esa época, como corridas notables, de las celebradas en la proclamación de Fernando VI, Carlos III y en honor de Ceballos.

Pobre en demasía era el circo de las lidias. Cercábase la Plaza Mayor con empalizada de altos maderos, levantando en torno graderías; reservándose el lado del sol para el populacho y la sombra para señores y clérigos, pues éstos, aunque Pío V habíales vedado la asistencia a las corridas, a olvido lo tenían. Las autoridades y el gobernador presenciaban el espectáculo desde el balconaje del Cabildo. Adornábase todo con gran copia de colgaduras, banderas, gallardetes.

Yendo años y viniendo años, la moda, antojadiza y caprichosa, cambia las suertes del toreo, la vestimenta de los lidiadores y los trajes de los concurrentes. Ya no se ven en las galerías y en el Cabildo los severos trajes de golilla; las calzas, los gregüescos, el jubón, el coleto, el capotillo y el fúnebre ferreruelo, tórnanse en los claros y vistosos trajes de calzón corto, chupetín y bordada casaca; no se usa por montera casco o aludo sombrero, sino cortesano tricornio sobre rizada y empolvada peluca.

Imponen también los tiempos y el progreso que se supriman las corridas en la Plaza Mayor; ya Buenos Aires requiere circo estable. Señálase para ubicarlo la Plaza Nueva de Montserrat, y en ella, en 1791, se construye de madera la Plaza de Toros, con capacidad para dos mil personas, dándose entrada al toril por la calleja que después se denominó del Pecado, y siendo testera la "Casa del balconaje".

Pero ante el persistente reclamo de los vecinos, que alegaban los perjuicios de todo género que les acarreaba la Plaza, fué ésta derribada en 1799, resolviéndose construir en el Retiro un gran circo taurino de "ladrillo y cal", estilo morisco, de gran capacidad, con palcos, graderías, tendido, burladero y capilla; el que fué inaugurado en 1801.

B. J. MALLOL.

La visión

Cosa importante sobremanera es ver mentalmente, con los ojos del alma, tan claramente como vemos con los ojos materiales. ¡Cuántos millares de seres viven agitándose en perpetua lucha sin esperanza de reposo, y que recobrarían beatífica tranquilidad si pudieran ver claramente las verdades eternas que solucionan todo conflicto!

A tientas caminamos en un valle de sombras, cuando deberíamos trepar a las altiplanicies inundadas de luz. Comprendemos a medias la comedia de la vida, porque carecemos de un binóculo espiritual que nos permita ver con toda claridad la acción, el lugar y los actores.

Navegamos sin rumbo seguro en un mar de continuos engaños, porque carecemos de un telescopio espiritual que nos permita examinar los horizontes y percibir las playas de la verdad. Si pudiéramos o supiéramos ver, no nos veríamos a menudo sorocados en una atmósfera de errores y contradicciones.

—"¡Loca! ¡Insensata! ¡Ciega!"— dice de sí misma la mujer que ve desmoronarse su hogar a causa de sus injustificados arrebatos. "¡Ciego! ¡Insensato! ¡Loco!"—exclama contra sí mismo el marido, después que sus intolerancias y temerarios egoísmos han sacrificado la paz y felicidad de su familia y de su corazón. Abranse nuestros ojos espirituales, y las pasiones no podrán sumirnos en el dolor.

Varios son los elementos que pueden aguzar nuestra vista intelectual. El primero es el amor: el que no ama un libro, una estatua, un paisaje, una mujer, un amigo, un niño; el que no ama algo está irremediablemente ciego de corazón y de intelecto. La aversión, el desprecio, la indiferencia, son la gota serena de las almas.

Los impuros y egoístas no pueden ver las leyes que rigen la vida y el destino de la humanidad. "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán".

Los pesimistas, los misántropos, esos espíritus irritables y taciturnos que nada encuentran bueno, marchan siempre entre tinieblas y deben abandonar toda esperanza de ver. Pueden, es verdad, realizar muchas cosas: pueden enriquecerse, satisfacer sus bajos apetitos, y hasta hacerse en cierto modo famosos; pero nunca podrán contemplar la belleza de este mundo ni comprender la necesidad de una vida futura.

No admitamos la débil credulidad que se aferra a vanas fantasmagorías y las llama creencias; pero convengamos en que necesitamos una fe que armonice con nuestros conocimientos y les fije y convierta en lentes espirituales.

No me ofrezcáis más encantadoras escenas: dadme ojos para ver la belleza de cuanto me rodea. Dadme ojos para contemplar la estela de las almas y descubrir los ángeles que se confunden con la multitud que me codea. No os pido músicas nuevas ni armonías extrañas: dejadme oir la eterna sinfonía de las almas, deleitarme en sus fugas y contrapuntos y ver cómo cada disonancia va a completar la inimitable armonía.

No ambiciono que haya más seres que me busquen y que me amen; no os pido más ojos rutilantes que me hechicen; pero dadme visión intelectual para no perder ni un solo signo de intimidad fraternal con que me están acariciando las almas buenas. No busco playas de oro, sino un corazón que me cante el himno de la Suprema Verdad. Es aquí donde está el Reino de los Cielos.

Doctor CRANE.

PUCHITOS

Según los textos bíblicos, Adán vivió 930 años. De otros patriarcas fabulosos se dice que vivieron más que él: Matusalén, 969 años, y Noé, 950. Lo que se ignora es para qué vivían.

En el Hospital de Ancianos, de Norwich, Inglaterra, existía una lápida funeraria que decía así: "En memoria de la señora Phebe Crewe, que murió el 28 de mayo de 1817, a la edad de 77 años; partera en esta ciudad durante cuarenta años, trajo a la vida nueve mil setecientos treinta criaturas".

Strange, en inglés, quiere d e c i r "extraño". Para el eminente abogado John Strange, se hizo este epitafio: "Aquí yace un abogado honrado. Es Strange".

Durante siglos se conservó la bella tradición medieoval de grabar una inscripción en las campanas de las iglesias. Una de ellas, común a muchas campanas antiguas, existe todavía en la del monasterio de Schaffhausen y en la de una iglesia cerca de Lucerna: "Vivos voco, mortuos plango, fulgura frango" (Llamo a los vivos, lloro a los muertos, quiebro los rayos).

El nicromo, metal que se está empleando mucho en la fabricación de calentadores eléctricos, es una aleación de níquel y cromo. Para fundirlo es preciso recurrir a temperaturas de más de 1.500 grados. Esta extraordinaria resistencia a la acción del calor permite utilizarlo para fabricar ciroles. Con un alambre de nicromo calentado por una corriente eléctrica es posible cortar el más pesado y resistente de los cristales químicos como si fuera un pedazo de jabón.

Un hombre que ha perdido una pierna tiene probabilidad de vivir un tiempo mayor que el que posee ambas piernas, y, por la misma razón, el hombre sin piernas es por lo general de vida más larga que el que tiene una sola pierna. La explicación científica de este fenómeno está en que el esfuerzo del corazón para "bombear" la sangre hasta las extremidades es mucho menor si la pérdida de las piernas le exime de ese esfuerzo; el corazón se fatiga menos y, por consiguiente, permanece más joven: el órgano no se gasta tanto. No aconsejamos, sin embargo, que la gente se corte las piernas para vivir más. Otra ventaja de los individuos que han perdido las piernas es que poseen mayor habilidad para la natación.

Cuando el árabe entra en una casa, se quita el calzado, pero no el sombrero. Lee y escribe de derecha a izquierda. Come en compañía de sus hijos varones, mientras la esposa y las hijas no prueban bocado hasta que los varones no hayan terminado de comer. Cuando el árabe viaja, va montado en burrito y la mujer le sigue a pie. El árabe se reiría de nuestra costumbre — no muy generalizada, por otra parte — de ceder el asiento a una mujer.

En Francia se fabrica madera artificial, transformando paja en una materia sólida que tiene la resistencia del roble. La paja es picada menudamente y convertida en pasta mediante un proceso de ebullición; se le agrega algunas substancias químicas. Después esta pasta es vertida en moldes de los que sale, por presión y enfriamiento, en forma de tablones y vigas. Puede ser aserrada como la madera natural. Resulta un buen combustible, que emite poco humo.

Durante los cuatro años que duró la guerra, Cuba prosperó más quizás que cualquier otro país. Su exportación aumentó más de 350 millones de dólares en 1918. Al mismo tiempo, las compras que hizo en el extranjero ascendieron a 260 millones, o sea el doble de su anterior importación.

A primeros de julio de 1920, la escuadra de los Estados Unidos será el doble de lo que es en la actualidad. Al comenzar la guerra contaba con 364 unidades de combate, llegando a tener 777 el día en que cesaron las hostilidades. En este número no están incluídos los yates particulares y otras embarcaciones pequeñas destinadas al servicio de costas. El aumento ha constituído principalmente en 300 caza-submarinos, 51 "destroyers", 35 submarinos y 91 barcos águilas. Los acorazados sólo han sido aumentados en dos unidades, pero hay dos más a punto de terminarse, y tres en vías de construcción.

El contraalmirante Taylor dice que no se ha contratado aún la construcción de 29 buques de guerra, autorizados ya por el gobierno.

La planta bulbosa conocida científicamente por el nombre de "Saumoratum Guttatum", y vulgarmente por el de "Monarca de Oriente", ofrece la particularidad de desarrollarse en pleno invierno sobre el mármol de una chimenea o sobre una mesa sin necesidad de agua ni de tierra, produciendo una flor de treinta y cinco centímetros de alto.

Pertenece a la familia de las aroideas, a la cual pertenecen asimismo las plantas llamadas vulgarmente calas, a las cuales se asemeja. Su larga y alta flor es de color amarillo muy bonito, salpicado de manchas aterciopeladas de color carmesí.

El bulbo o cebolla, cuyo diámetro es próximamente igual al de una moneda de un centavo, se coloca sobre el mármol de las chimeneas, y la flor aparece en un espacio de tiempo verdaderamente increíble.

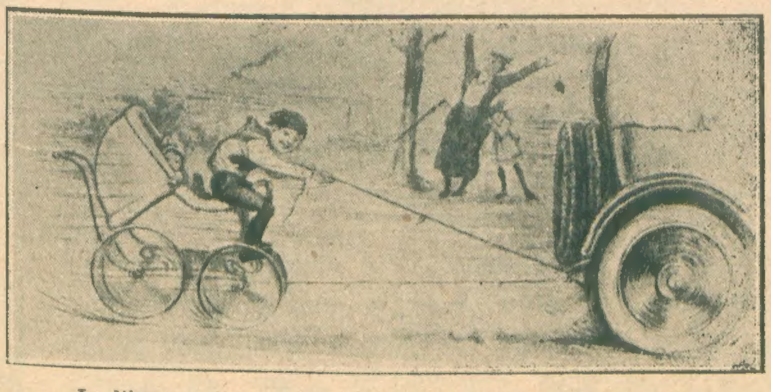
Cuando la flor se marchita, se planta el bulbo en el jardín, y en la primavera echa un tallo de 70 centímetros de largo rematado por una hoja en forma de paraguas. El bulbo vuelve a sacarse en otoño, y después de lavado, se vuelve a colocar en la chimenea, donde florece de nuevo, pudiendo repetirse el procedimiento año tras año.

El asombroso aumento del uso de tractores en las fincas rurales de los los Estados Unidos, lo demuestra un informe que acaba de presentar el Departamento de Agricultura de este país. Se calcula que los agricultores adquirirán el año que viene más de 300.000 tractores, y que la mayor parte irán a manos del agricultor pequeño que va echando de ver las ventajas que le ofrece el tractor como economizador de trabajo y como incansable sustituto mecánico de la máquina tirada por caballos.

Dicho Departamento hace hincapié en el hecho de que muchos agricultores están deshaciéndose de casi todos sus caballos, por el subido costo del forraje, y en que el trabajo de los caballos no está ni con mucho a la par de sus gastos en comparación con el tractor. Con el tractor puede el hacendado arar en el otoño y poner sus terrenos en buena condición antes de que entre el invierno, y no tiene que depender tanto de los trabajadores.

Informan las fábricas de los Estados Unidos que tienen ya pedidos más de 314.396 tractores que comprenden desde las grandes máquinas que se emplean en las haciendas de trigo, del Oeste, hasta los pequeños tractores para jardines o huertas. El año pasado sólo se fabricaron 132.697 tractores, y este total se consideraba una producción fenomenal.

INTERPRETACIÓN



Le dijeron que sacara al nene a pasear y tratara de entretenerlo.

LO QUE PREGUNTAN LOS PADRES



—¿Crees que se me parece?
—Sí, sobre todo en el pelo.

Cuando apareció el vals

El tango ha dejado de ser baile decente, baile de salón; en realidad nunca lo fué; cuando apareció en París, años antes de la guerra, fué recibido con tanto escándalo y burla que muy pocos fueron los salones elegantes que se atrevieron a hospedarlo. Los comentarios de los diarios y revistas hicieron creer que su boga era mayor. Durante la guerra fué prohibido, si no por la ley, por convención del público. Con la reanudación de la vida ordinaria el tango trató de recuperar el terreno perdido, pero fué en vano. Actualmente se baila en París, pero sólo en los cafés cantantes y en salas de dudosa moralidad.

Posiblemente son muy justificados los dicterios que el tango provocó. Sin embargo, es curioso observar que el mismo escándalo tuvo lugar en Inglaterra y en Francia cuando se introdujo el vals, baile que hoy nos parece casi inocente y que todo baile nuevo suscita la grita de la moral ofendida. Al parecer en Francia la sentimentalidad lánguidamente mentida del "walzer" alemán, todo el mundo la proclamó como una "indecencia reprobable". Según se ve por los diarios de aquella época, eso de que los maridos vieran a sus mujeres girar vertiginosamente abrazadas a otro hombre fué considerado como el colmo de la inmoralidad y de la abyección y se afirmaba que jamás semejante baile entraría en las casas honestas. En Roma,—era pontífice León XII—fué prohibido por el cardenal vicario. Lo mismo había ocurrido años antes con la polka. Los diarios ingleses del invierno 1812-1813 están llenos de protestas contra ese "baile salvaje" que se pretendía introducir nada menos que en Londres. Las memorias de Lady Isabel Spender Stanhope revelan hasta qué punto llegó el escándalo suscitado por la polka la primera vez que se bailó en su casa. Muchas señoras se retiraron indignadas. Un cronista mundano, sir Teodoro Hook calificó ese baile como una mezcla de "gestos descompuestos y actitudes licenciosas" y por todo el resto de la temporada, los salones de Lady Isabel fueron, como quien dice, "boycoteados".

Dr. Angel VAILATTE.

UNA DUDA



—Veamos: no me acuerdo si le prometí a mi mujer tomar dos copas de whisky y estar en casa a las doce, o tomar doce copas de whisky y estar en casa a las dos.

La moda de las piedras preciosas

En la actualidad es casi imposible reunir un collar de rubíes o zafiros semejantes. Las principales minas de las gemas clásicas están agotadas o por agotarse y hay cierta carestía de piedras preciosas de color, carestía que, por otra parte, no inquieta a la gente. La piedra preciosa de moda es el zafiro. Hace algunos años había perdido el favor de los elegantes, pero vuelve a reinar y ahora se la cotiza a un precio seis veces más alto que el que tenía hace quince años. Casi no se encuentra zafiros en las minas de Ceylán, ya agotadas, ni en las de Cachemir, pero se ha hallado una nueva mina en Siam, la de Mogok, de donde viene la mayor parte de esas piedras. Sin embargo, la producción es escasa, pues el clima de la región es malsano y muy elevada la mortalidad entre los mineros.

Las minas de esmeraldas más célebres están en Colombia. Pertenecen al gobierno de ese país y se ha dictado leyes severísimas para evitar el contrabando. Existen otras en Siberia, que dan piedras de un color verde más apagado; pertenecen a una compañía francesa, la "New Emerald Company", la cual no ha podido hasta ahora repartir utilidades a los accionistas, sobre todo en razón de que es imposible vigilar el terreno de las minas, que tienen 25 kilómetros de largo. También la esmeralda aumenta de precio rápidamente: se ha vendido algunas a razón de 15.000 francos el quilate.

El rubí está un tanto olvidado por la moda, pero no hay duda de que recobrará su prestigio. Es siempre muy caro. El monopolio mundial de esta piedra pertenece a la Compañía Burman.

El mercado principal de estas tres piedras preciosas clásicas fué en otro tiempo Calcuta, pero ahora es Bombay. Sin embargo, las transacciones no representan un total importante debido a la escasez de las gemas.



Los botines

Aun cuando no tenía audiencias, y esto le sucedía ahora muy a menudo, porque siendo los tiempos difíciles la gente vacila mucho antes de docidirse a litigar y por la misma razón hasta abogados de renombre, ex profesores y empleados jubilados hacían de procuradores, Elías Carai iba diariamente a los tribunales, se sentaba en la sala de espera y apoyando la libreta en las rodillas o en la pared, escribía versos en dialecto, para su mujer. A su alrededor crecía como un mugido de tempestad; la multitud iba y venía, mujerzuelas allí congregadas por pleitos de pocas liras se injuriaban, trágicas y solemnes como si fueran a repartirse el mundo; los embrollones, dispuéstos a jurar al mismo acreedor que no le debían nada, pasaban con la cabeza erguida, echando afuera el pecho; los procuradores, más famélicos que sus clientes, iban de un lado a otro meditando la manera de apropiarse una hoja de papel sellado. Elías no se asombraba de nada:

> ''Conozco el mundo y sé que cada cosa
> sucederá si debe suceder,''

escribía en sus versos arcaicos dedicados a su mujer.

''¡Oh, conozco el mundo! Todo lo que sucede, debe suceder. Soy poeta y filósofo y nada me sorprende. La vida es un altibajo: hoy arriba, mañana abajo y pasado mañana otra vez arriba. No desesperes, lirio de oro. Puede ocurrir que tío Agustín, que ha echado de su casa a la mujer y la ha desheredado, se acuerde algún día de nosotros. Iremos entonces a orillas del mar, miraremos las barcas lejanas y nos estrecharemos las manos como esposos. Por lo demás, también ahora somos felices: la paz y el amor reinan en nuestro hogar, y tú, cedro del Líbano, Venus hermosa, eres mi riqueza y mi reina...''

Una mañana de invierno se le acercó un carrero y le dejó caer en el hombro la mano que parecía de piedra:

—¡Apúrate, amigo, corre! He estado en Terranova, para llevar una carga de leña y he visto a tu tío Agustín. Está muy enfermo, gravemente enfermo.

Elías se irguió, grave, pasándose con gesto de dolor, la mano por los cabellos ya grises.

—Voy a participar la triste noticia a mi mujer.

La mujer no pareció conmoverse demasiado; ni siquiera se alzó del escaloncito de la puerta donde yacía sentada, tratando de calentarse al sol. Vestía como mujer de la burguesía, calzada y peinada a la moda;, pero el vestido ligero y desflecado, las botas rotas, los escasos cabellos que ponían una aureola negra sobre su cara blanquísima de anómica, revelaban su miseria. Los grandes ojos en otro tiempo negros, se habían vuelto de un dorado color de avellana, fijos e indiferentes como los de la liebre.

Del interior de la casa donde tenían en subalquiler un cuartito que daba al patio, salía un bullicio como el de los corredores de los tribunales; los dueños de casa discutían, y en la taberna de su propiedad, los clientes jugaban a la morra y reían alto.

La mujer de Elías, como su marido en los tribu-

nales, permanecía inerte, indiferente a las voces del prójimo. Así él la quería y así la amaba.

—¿Sabes qué haré?—dijo, acariciándole los cabellos y mirando al cielo.—Me voy.

—¿Adónde?

—¿Adónde? Pero, ¿de qué estamos hablando? A ver al tío Agustín. El tiempo es hermoso—agregó, sin revelar todo su pensamiento;—pero la mujer lo adivinó, sin duda, porque mirándole los botines lamentablemente gastados, preguntó:

—¿Y el dinero para el viaje?

—Lo tengo. No te preocupes, no pienses en nada. Todo va bien en el mundo, con tal que se sepa tomar las cosas con calma y filosofía. Lo principal es quererse mucho, tratarse con afecto. Esto mismo escribía aquí... esta mañana... ¿Quieres leer?

Sacó las hojas de la libreta y, tímidamente, ruborizándose, las dejó caer en la falda de su mujer. Y fueron la única provisión que le dejó para aquellos días.

Se puso en camino a pie. No tenía más que tres liras y conocía demasiado al mundo para tratar de hacerse prestar dinero para el viaje. Por lo demás estaba acostumbrado: no esperaba ayuda sino de su calma filosófica y de la herencia del tío Agustín. Además, era un buen caminador y se preocupaba más de sus botines que de sus pies: si las cosas iban bien, ya habría tiempo para remediar todo.

Las cosas fueron bien hasta Orosei: la carretera descendía siempre suavemente, llana, blanda, acompañada, seguida y precedida por paisajes fantásticos que con su solo aspecto hacían olvidar todas las molestias terrenas. Parecía que uno cruzaba un paisaje encantado; el sol de diamante daba su esplendor frío y puro a todas las cosas circundantes: las hierbas y las rocas centelleaban. Después, a medida que bajaba por el camino, Elías sentía que el sol se volvía más cálido y más dorado, y por fin vió, sobre el fondo marmóreo de las colinas hacia el mar, los almendros cubiertos de flores rosadas, como en la primavera.

Y el sol desapareció; después de un breve crepúsculo cayó la noche helada y Elías sintió los pies húmedos. Los botines se habían reventado. Esta también era una cosa que debía suceder, pero él no la aceptó con la filosofía habitual. No podía componerlos, ni siquiera hacerse prestar un par... Pero caminar con los botines rotos era difícil e indecoroso presentarse en casa del tío como un mendigo. En previsión de su porvenir y para proveer al bienestar de su mujer, era de todo punto indispensable procurarse un par de botines. ¿Cómo? Elías no sabía qué responder. Entretanto llegó al pueblo.

En las calles obscuras batía el viento del mar; no se veía un alma y sólo de un miserable albergue que daba a la plaza, salía una claridad hospitalaria. Entró y pidió alojamiento para la noche, pagando por adelantado: le señalaron una cama en un cuartujo donde dormían otros dos viandantes; uno de ellos roncaba como un cuco. Se acostó vestido, pero no pudo cerrar los ojos; veía innumerables hileras de botines, junto a los caminos del mundo, en las casas, en los campos; en cualquier parte donde había un hombre se veía un par de botines. Muchos estaban escondidos en cofres, en cómodas, en los rincones más insospechables; otros parecían velar, junto a las camas, el sueño de sus dueños; otros esperaban en los umbrales y por último había algunos que participaban del ansia y de la miseria de las que él traía...

El zumbido del viento, afuera, y los ronquidos del viandante, acompañaban su obsesión. Las horas pasaban; una estrella ascendió, azulada, como bañada de aguamarina y se quedó inmóvil detrás de los vidrios trémulos de la ventanita. Elías pensó en su mujer, en los versos que le dedicaba, en la vida cómoda que le esperaba si el tío Agustín le dejaba sus bienes...

Bajó la cama y agachado, a tientas, se apoderó de los botines.

Eran pesados y Elías sintió en los dedos el frío de sus clavos gastados. Los dejó y palpando el suelo, buscó los botines del otro, pero no los encontró.

Y hubo un rumor leve en el corredor, como el paso de alguien que se acercaba descalzo. Se quedó inmóvil, agachado, con las manos en el suelo, palpitando como un animal amedrentado. Tenía conciencia de su degradación y le oprimía la misma tristeza instintiva del animal en peligro; cuando pasó el rumor se acercó a la puerta para ver si había alguien, y a la claridad de un farolito colgado en el fondo del corredor, vió un gato que pasaba, rozando la pared con la cola erguida, y, en el umbral, un par de botines de elástico, que arrojaban su sombra en el suelo, como dos ganchos enormes.

Los tomó, los escondió debajo del gabán, y salió; un hombre dormía en el patio, sobre un banco; era tal vez el que cuidaba los caballos de los viajeros; el portón estaba cerrado sólo con pasador. Elías salió tranquilamente y se halló en medio del camino de la costa, junto al mar gris, bajo las estrellas trémulas que parecían querer desprenderse del cielo e irse también.

—Es curioso como todo, en la naturaleza y en el hombre, tiende a bajar,—pensaba Elías caminando rápidamente, contra el viento, por la landa, cerrada a un lado por montes negros y al otro por el mar gris.

Después de media hora de camino creyó llegado el momento de ponerse los botines robados; se sentó en el paracarros, se los puso y los palpó bien, contento de que fuesen de cuero blando y anchos. Pero así agachado, sintió otra vez, de improviso, un sentimiento de degradación que le avergonzó.

—¿Y si me siguen? ¡Qué papel haré! Y ¿qué dirá mi mujer? Si quieres robar, Elías Carai, roba, por lo menos, un millón, no un par de botines viejos... Un millón... El caso es encontrarlo. Lo agarraré en seguida—dijo burlándose de sí mismo, a la vez que estiraba las piernas y movía los dedos dentro de los botines. Pero, cosa extraña, los pies palpitaban, ardían, parecían estar incómodos allí dentro.

Y cuando emprendió de nuevo el camino, con sus propios botines debajo del brazo, para ponérselos y tirar los otros en caso de que lo siguieran, no logró caminar tan rápidamente como antes. Las piernas le temblaban, y a cada momento se detenía, pareciéndole oir pasos detrás de sí.

El alba que surgía del mar, pálida detrás de un velo de neblina, lo asustó como un fantasma. Ahora podían verlo los que venían por el camino en dirección al pueblo. Y cuando llegasen al pueblo y oyesen hablar de los botines robados, dirían: "Sí, hemos visto un hombre de aspecto sospechoso que iba con un envoltorio debajo del gabán..."

Encontró, en efecto, un campesino, que se adelantaba tranquilo, negro sobre el fondo del alba, con su alforja y su bastón, y le pareció que se daba vuelta y le miraba con expresión irónica.

El día se anunciaba triste y gris; las nubes corrían, como enormes madejas, negras y revueltas, de los montes al mar y del mar a los montes, desgarrándose en las altas rocas; los cuervos pasaban graznando sobre el matorral retorcido por el viento.

Los paisajes serenos del día anterior estaban lejos; ahora todo tenía un aspecto turbio, demoníaco, y Elías creía sentir voces lejanas, aullidos de gente que lo seguía y le insultaba.

Por fin, volvió a ponerse sus botines y arrojó los otros a un lado del camino. Pero ni siquiera con esto le volvió la tranquilidad. Dramas fantásticos se desarrollaban en su imaginación: uno de los dos pobres viajeros con los cuales había dormido, seguía por el mismo camino y hallaba los botines; perseguido, descubierto en posesión de botines ajenos, pasaba por culpable y se exponía quién sabe a qué contratiempos... o aquellos que, en su parecer, le perseguían, encontraban el objeto hurtado, y volvían a perseguirle hasta hacerle pagar vergonzosamente su culpa. ¿Qué diría su mujer? En su mente infantil, excitada por el cansancio, el frío y el hambre, el episodio se agrandaba y se entenebrecía, como las nubes de este agitado cielo invernal. Se arrepentía de haberse puesto en viaje, de haber abandonado su calma habitual para correr detrás de una quimera vana. ¡Quién sabe cuántas inquietudes le reservaba la herencia del tío!... Entretanto, se había degradado.

Y volvióse: halló los botines donde los había dejado y permaneció un rato contemplándolos como atontado. ¿Qué haría? Aunque los escondiera, aunque los enterrara, el hecho no se borraba. El había robado y el recuerdo del instante en que, agazapado, había palpitado como un animal asustado, siempre pondría una sombra en su vida.

Recogió los botines, se los puso debajo del gabán y se encaminó hacia el pueblo, lentamente, a fin de llegar al anochecer. Hacía veinticuatro horas que no comía y se sentía tan débil que el viento lo doblaba como a una brizna. Llegó como en sueños al albergue, pronto a confesar su delito; pero todo estaba tranquilo, nadie hablaba del hurto, nadie hizo caso de él ni de su gabán. Comió y pidió una cama: le señalaron la misma de la noche anterior, y él, después de haber dejado los botines en el mismo sitio en que los había tomado, se durmió. Fué un sueño que parecía de muerte: tuvieron que despertarle y le dijeron que era mediodía. Compró un pan con dos sueldos que le quedaban y continuó su viaje.

Otra vez era bello el tiempo; la franja de tierra entre los montes negros y el mar azul. Tenía un encanto melancólico de paisaje primordial: todo era verde y fuerte, pero, como en ciertas existencias humanas, parecía que jamás podría nacer allí una flor.

Elías caminaba sin sentirlo, con sus botines rotos; hasta tuvo la suerte de ser invitado en una choza, como un mendigo, y de recibir un pedazo de pan y un poco de leche.

Cuando llegó, el tío había muerto hacía pocas horas. La sirvienta examinó a Elías con desconfianza y le dijo:

—¿Es usted de veras su sobrino? ¿Por qué no vino antes?

Elías no contestó.

—Mi pobre patrón lo esperaba. Hace tres días le hizo mandar un telegrama. Decía que era usted su único pariente, pero que lo olvidaba. Por eso esta mañana, al ver que no llegaba, hizo testamento a favor de los huérfanos de los marineros...

De regreso a su casa, Elías vió otra vez a su mujer, sentada al sol, pálida, indiferente.

—Pero ¿por qué, mujer querida, cuando recibiste el telegrama no contestaste que ya había partido?

—¿Y no debías llegar lo mismo? ¿Por qué tardaste?

Elías no contestó.

Grazia DELEDDA.

DE LO QUE LE HABLARA DURANTE DIEZ AÑOS



La esposa.—¡Yo no quería venir a un balneario!

Jura de la bandera en los regimientos 2 y 4 de infantería de línea



El teniente coronel Argañaraz, jefe del 4, leyendo su discurso durante la ceremonia.

Con el lucimiento que casi siempre suelen alcanzar esta clase de actos, realizóse, en la capital, la ceremonia del juramento militar de la bandera, prestado por los nuevos conscriptos que han sido incorporados a los regimientos 1, 2 y 4 de infantería de línea.

En la última de las unidades nombradas, se llevó a efecto la jura el viernes de la semana anterior, con la asistencia del comandante de la primera división de ejército, general Uriburu, del jefe de la segunda brigada de infantería, coronel Marcilesi y de otros jefes y oficiales. El teniente coronel José María Argañaraz, bajo cuyo mando se halla el cuerpo de referencia, dirigió a la tropa la alocución patriótica de rigor en tales casos, y después el regimiento desfiló en formación reglamentaria frente al pabellón, rindiendo el saludo de práctica.



Los conscriptos desfilando ante la enseña patria, en el acto de la jura.

Los regimientos 1 y 2, cumplieron con tal requisito al siguiente día sábado. También presenció la ceremonia el general Uriburu y otras autoridades del comando. Los tenientes coroneles Leiva y Barrionuevo, jefes del 1 y 2 de infantería, respectivamente, dirigieron la palabra a los nuevos conscriptos, respecto a la significación de la jura, y después de un programa de ejercicios y evoluciones correctamente desarrollados por la tropa, fué servido un lunch a los concurrentes, preparado al efecto en el casino de oficiales.

El acto terminó con una animada reunión social, a la cual prestaron su concurso las numerosas familias invitadas.



El teniente coronel Barrionuevo, que comanda el regimiento 2 de infantería, dirigiendo la palabra a los nuevos soldados.

Visita de la "Sociedad Luz" a los talleres heliográficos de Radaelli



Siguiendo la práctica establecida, un núcleo de afiliados a la "Sociedad Luz", realizó, el lunes de la semana anterior, una visita de estudio a los talleres heliográficos de la sucesión Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266. Los visitantes fueron amablemente atendidos por la dirección del establecimiento, y acompañados por el señor A. López, empleado superior de la casa, recorrieron todas las instalaciones y dependencias, en plena labor. Durante un intervalo, el concejal Dr. Angel M. Giménez, que presidía el grupo, pronunció una interesante disertación que versó sobre los accidentes del trabajo.

NOTAS ROSARINAS



Cabecera del banquete ofrecido al ministro de relaciones exteriores doctor Honorio Pueyrredón, por el comercio de Rosario, y servido el 8 del corriente en los salones del Club Español.



Personas que asistieron a la recepción efectuada en el consulado de los Estados Unidos del Brasil, el domingo de la semana anterior.



Durante la recepción que en honor del ministro doctor Pueyrredón se llevó a cabo en la municipalidad rosarina.



El ministro de relaciones exteriores visitando las instalaciones de la Refinería Argentina de azúcar.



Acto inaugural de la segunda conferencia nacional de profilaxis anti-tuberculosa, realizado en el local de la Biblioteca Argentina.



Lunch servido en la Bolsa de Comercio con motivo de la visita que el doctor Pueyrredón realizara a dicho establecimiento.



Lo que se veía del vapor "Ilse", poco después de su extraño naufragio, en la dársena de cabotaje, apenas se había puesto en marcha.

Fot. Gaspary.



Comensales que asistieron al banquete realizado en el Instituto Optico y Fotográfico, en honor del señor Alberto Cosso, con motivo de haber sido éste nombrado subgerente de la droguería de "El Aguila".

BANQUETE POPULAR A LOS AVIADORES MILITARES ITALIANOS



Parte de la numerosa concurrencia que asistió al banquete de carácter popular, organizado por la Federación General de las Sociedades Italianas en la República Argentina, y servido en honor de los aviadores que componen la misión aeronáutica militar italiana que visitara nuestro país. El acto, que tuvo lugar el lunes de la semana anterior, en el salón Augusteo, adquirió el mayor lucimiento.—En ángulo: la cabecera de la mesa ocupada por los señores ministro de Italia, comendador Victor Cobianchi, cónsul Nagar, barón de Marchi, capitán de Luca, teniente de navío Riseis, tenientes Burzio, Scarone y Escario, presidente del Aero Club, ingeniero Mascias, y los miembros del consejo de la Federación de Sociedades Italianas.

Del Colón



ESTHER MAZZOLENI, soprano dramática



El tenor BENIAMINO GIGLI, interpretando el papel de Enzo, en Gioconda

CON la función organizada a beneficio de las Damas de Caridad y del Círculo de la Prensa, que por cierto alcanzó un gran éxito, se dió fin a la temporada lírica de nuestro primer coliseo.

La empresa Bonetti, que tuvo que vencer no pocas dificultades al principio de su actuación, puede estar satisfecha de su esfuerzo, por cuanto logró que el juicio público fuese totalmente favorable a las iniciativas desplegadas.

Terminada la labor artística, cabe una justa mención en honor de la soprano dramática Esther Mazzoleni y del tenor Beniamino Gigli: aquélla con su notable temperamento artístico y excelentes condiciones de cantante, y éste con su bella, exquisita y potente voz, que le ha valido sonados triunfos en obras de fuerte tessitura, han contribuído, en no pequeña parte, junto con los demás elementos de primera magnitud que figuraron en el elenco, a los más brillantes éxitos que la escena del Colón registrara durante la última temporada lírica.

Cine



JACK WARREN KERRIGAN



ELAINE
HAMMERSTEIN



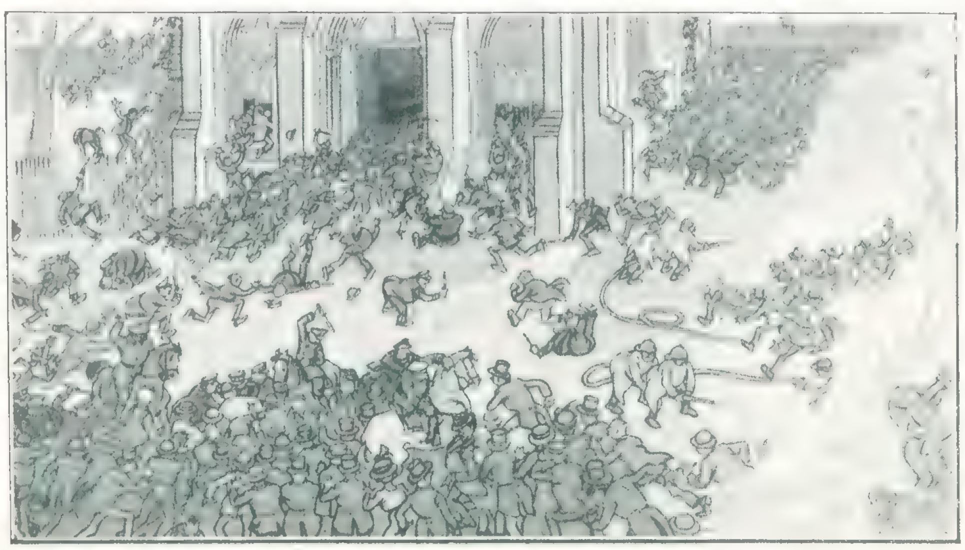
El pebete BEN ALEXANDER

DEMOSTRACIÓN AL PINTOR PELÁEZ



Vista parcial del banquete que un núcleo de amigos y admiradores del pintor don Juan Peláez, ofreciera a este señor, el sábado 6 del corriente, en el Club Español, con motivo del brillante éxito que obtuviera la exposición de sus cuadros, ha poco realizada en el salón Witcomb.

DEL ÚLTIMO CORREO



LA HUMANIDAD ILÓGICA.—Lo que ocurriría si fuera malo ir a la iglesia.



DISTRAÍDO COMO SIEMPRE.—El profesor.—¿Qué andará buscando esa gente que sale tan apurada de la iglesia? ¡Ah, recuerdo!: tenía que casarme a las doce en punto y me han estado esperando.



UN NUEVO SENTIMIENTO.—El proletariado.—¡El sol! ¡El sol!
(De la revista austriaca "Die Muskete").



LA ALEGRÍA SIN CONCIENCIA.—Berlín se entrega al baile. Los músicos son el hambre y la miseria.
(De la revista alemana "Simplicissimus").



LA NEGRA SUERTE.—Colegas.

ACTUALIDAD EXTRANJERA



En una de las ruinas de la ciudad de Ipres, devastada por los alemanes, el alcalde ha hecho poner un cartel que dice, en inglés: "Aviso. Este es terreno sagrado. Ninguna piedra de este edificio puede ser retirada. Es una herencia para todos los pueblos civilizados."



Un trozo de los centenares de troncos aserrados por el ex kaiser y que éste regala como recuerdo a sus amigos. Es el número 1.000, como lo dice la inscripción que completan las palabras: "Amerongen, 15 de marzo de 1919. Guillermo II".



Vista de aeroplano del gran circo de juegos atléticos, llamado Estadio Pershing, construído cerca de París.



El grandioso circo construído expresamente para el famoso partido de box entre Willard y Dempsey, que tuvo lugar el 4 de julio en Toledo (Ohio).



La escasez de víveres, agravada por las maniobras de los especuladores, provocó en Berlín la indignación popular. Muchos negocios de víveres fueron asaltados, como se ve en esta fotografía en que aparecen dos almacenes con las vidrieras destrozadas y custodiados por soldados.



El ex kronprinz Federico Guillermo, vestido como pescador holandés y calzado con zuecos, durante un paseo en la isla de Wieringen. Le acompañan numerosos chicos que le contemplan como a bicho raro.

Las muchachas del año

Actrices favoritas en la actual temporada teatral neoyorquina



Renee Adoree.



Julie Ballieu.



Josie Heather.



Marjorie Gateson.



Lottie Horner.



Gladys Walton.



Josie Carmen.



Ruth Moore.



Gene Cleveland.



Bobbie Williams.



Margaret Mahoney.



Mabel Roberts.

El alma del faro

Juntos, sentados en el cuarto principal de la garita del faro, hallábanse los dos viejos consortes encanecidos y encorvados al servicio del fanal. Guardaban silencio, porque tenían la mente llena de cosas que con dificultad podían afrontar discusión. La noche estaba afuera intensamente fría, y una ráfaga tempestuosa de noviembre silbaba con furia al pasar; pero la maciza puerta y las ventanas reforzadas desafiaban los ataques de la borrasca, y los ardientes leños de la chimenea producían en el cuarto un calor casi intolerable. No obstante, conforme avanzaba la velada, la silenciosa pareja se acercaba más y más al bullente fuego como esperando infundir algo de su resplandeciente alegría en sus apesarados corazones.

Era cerca de media noche cuando el viejo sacudió el encanto que los envolvía y miró con aprensión a su mujer. Aproximando luego su silla a la de ella, colocó una mano arrugada en su brazo.

—No debes quedarte pensando tanto en eso, Molly —dijo cariñosamente.—Tanto pensar parece que empeora las cosas. Nuestro hijo está en las manos de Dios, y nosotros debiéramos estar de rodillas en vez de quedarnos aquí sentados soñando.

—¡El no ha hecho eso, John! ¡El no lo ha hecho!

—Por cierto que no, Molly. El muchacho es vivo de genio, y no es gente de sufrir una ofensa y recibirla muy tranquilo, pero no es asesino. Nuestro Chárley es carne de nuestra carne, y reconozco que tiene nuestros mismos defectos; pero nunca un hijo tuyo, ni mío, por lo que me toca, es capaz de llevar la marca de Caín.

—¡Dios no lo quiera!

—El joven Leslie dice que está satisfecho con el jurado. Son hombres buenos, decentes, dice, y no han de echar culpas sobre un prisionero a menos que estén completamente seguros de lo que haya pasado. Y dice también que el juez es honrado y que no dará ni una pizca de ventaja al estado.

Por vigésima vez insistió ella en la pregunta que atormentaba su corazón maternal.

—¿Dices que Chárley conserva buen ánimo?

—El muchacho está muy bien, Molly. No hay una gota de hiel en el mozo, y hará más para alegrarnos que para darnos pena. El alcaide, Jim Burlin, ¿sabes? no ha olvidado que somos amigos de cincuenta años y hace todo lo que puede para que Chárley tenga comodidad.

No añadió que el alcaide, como la opinión pública en general, sostenía que Chárley Bristed "había dado a ese pillo de Saunders exactamente su merecido." Le ahorró asimismo el saber que, en vísperas del examen judicial del caso, la mayor parte de los que tenían conocimiento de los hechos y habían seguido los detalles preliminares del proceso, estaban casi ciertos de que el día siguiente el prisionero sería declarado culpable de asesinato en primer grado.

Es cierto que la evidencia era únicamente accidental, pero así y todo era agobiadora. Chéster Leslie, abogado defensor, mostraba un rostro blando y sonriente a los repórters que lo asediaban, pero a solas aparecía algo grave y preocupado. El fallo revestía para él especial significación, porque era un joven profesional que se presentaba por primera vez en un juicio de asesinato, y su reputación dependía del resultado.

—Mejor es que vayas a acostarte, Molly—aconsejó el viejo.—Mañana será día penoso para ti.

—No podría dormir, John. Es mi noche de guardia para cuidar la luz, y tú estás muy fatigado. Si he de estar despierta pensando, prefiero pasarla mejor aquí que en el lecho.

El no replicó, y permanecieron silenciosos contemplando el fuego. De pronto levantóse él a buscar su tabaquera en la chimenea, y al moverse la distrajo de sus pensamientos. Ella aguardó que llenara su pipa y volviera a su sitio antes de reasumir la conversación.

—¡John—dijo—creo que nuestro hijo saldrá bien!—Su acento revelaba firme convicción.—¡No puede ser de otro modo. Hemos sido gente honrada y buena toda nuestra vida, y el Señor no nos abandonará!

—Así lo espero, Molly.

—¡Me parece que aunque todo nos fallara, la luz nos ha de ayudar!

El se volvió hacia ella, algo alarmado, y la miró con expresión de asombro no desprovisto de un poco de temor. Ella leyó su pensamiento y rió débilmente.

—No te asustes, John; no me vuelvo loca ni cosa que se le parezca; pero siempre y por siempre hemos estado al pie de este faro por treinta años, y durante este tiempo me he sentado aquí el millar de noches sin más compañía que la maquinaria. He pensado a menudo que no sabemos una jota de las cosas. El Señor nos ha dado un alma a ti y a mí, pero no tenemos razón para decir que no la haya dado también a las cosas.

—¡Has estado pensando demasiado, Molly!

—Tal vez sí, tal vez no. Pero tenga alma el faro o no la tenga, John, no puedes negar que nos ha servido a nosotros y a los nuestros más de una vez. ¿Por qué no lo había de hacer ahora?

El se agitó inquieto en la silla, pues la absurdidad de estas incoherentes observaciones hería sus nervios tensos y fatigados.

—El Señor tiene vías misteriosas — comentó secamente. — Esto es verdad como el evangelio, Molly, ¡pero es mucho pedir también esperar que traiga el faro a la corte y lo haga servir para probar la coartada!

Ella estaba demasiado embebida en las reminiscencias del pasado para notar su sarcasmo o reprenderle por su irreverencia.

—Una vez la luz salvó a mi hermano Jed. Si esto no era obra de la Providencia mediante el alma del fanal...

—Sí, recuerdo, Molly—dijo él con impaciencia.

Ella no hizo caso de la interrupción, y continuó en voz baja, como hablando consigo misma más que con él.

—Era una noche semejante a ésta—murmuró.—Pensando en ello, era también el mes de noviembre. El mar estaba embravecido y el viento soplaba del este. Estaban arreglando la lámpara de repuesto esa semana, y me acuerdo haber dicho que si algo sucedía al fanal nos veríamos en grandes apuros. Y asimismo fué. A la media noche la lámpara se puso más y más obscura, hasta que por fin estaba casi apagada. Ardía, pero no daba ninguna luz. El corazón no me latió por un minuto, y entonces te llamé lo más ligero que pude, y los dos nos afanamos y trabajamos con la lámpara más de una hora sin saber siquiera por qué no andaba bien. Casi nos matamos esa noche entre el trabajo y la contrariedad y el pensar qué sucedería a cualquier pobre barco que dependiera de nosotros para encontrar su rumbo.

Sería cosa de la una cuando estábamos a punto de darlo todo por perdido, y nos quedamos allí mirando la lámpara opaca y temblándonos todo el cuerpo. Nunca he pasado lo que esa noche ni quisiera volver a pasarlo. Y mientras estábamos ahí desamparados y sin saber qué hacer, ni siquiera tocar ya la lámpara, ¡la bendita luz alumbró de repente por su propia voluntad! ¿Acaso esto se puede explicar? Bien pueden hablar los ingenieros todo lo que quieran de cañerías de alimentación y de obstrucción, pero yo tengo mis propias opiniones que no son tan científicas.

De todos modos, apenas había alumbrado cuando oímos el batir de las velas en medio de la noche y los gritos de hombres que pensaban que había llegado su última hora. Corrimos al anteojo, pero nada pudimos divisar, y sólo una semana después oímos decir que había sido mi propio hermano Jed, que había procurado entrar a la bahía en busca de abrigo. Como no veía la luz, creía que estaba en buena dirección y todo el tiempo se iba derecho contra los bajíos lo más ligero que podía. Cuando la luz brilló de pronto enfrente, pensó que era el fin para él y para sus hombres; pero tiró de la barra del timón tan fuerte como le fué posible escapó a las rocas por cinco pies. Decía que podía haber tocado y palmeado el escollo llamado Tom Thumb's Tooth (El diente de Tomasito Pulgar) cuando lo esquivó rozando casi la popa de la *Nancy*. ¿Qué cosa hizo que la luz brillara? ¿Fué una simple casualidad, o sabía el faro que alguno de los nuestros estaba en peligro de muerte?

El viejo no contestó. Siguió fumando su pipa y mirando el fuego hasta que ella habló de nuevo.

—Luego vino el tiempo del nacimiento de Chárley. Yo estaba en el hospital, allá en el continente, y me habían puesto del lado de la playa porque era más tranquilo y más asoleado. Después que nació el chico creyeron por dos días que yo no viviría, y así hubiera sido, supongo, si el médico no hubiera sabido tanto de naturaleza humana como de medicina. "Ponedla en un cuarto que tenga vista al mar"—dijo—"y colocadla de tal suerte que pueda mirar por la ventana."

Hiciéronlo como lo ordenaba. Aquella noche, cuando desperté, sentí el viento que yo conocía soplando so-

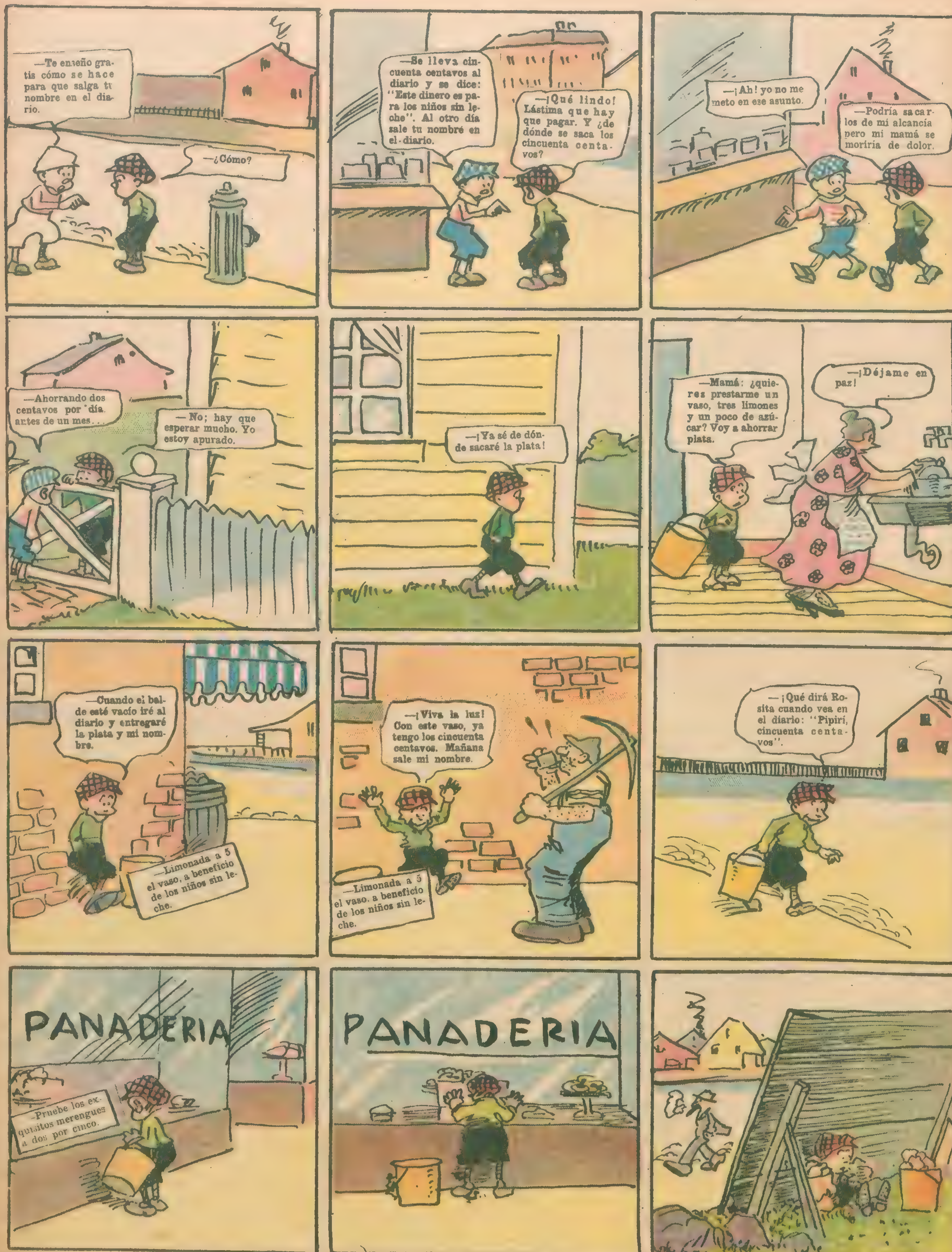
(Continúa después de la página infantil)

LO QUE NUNCA SE HA VISTO



En un momento de remordimiento, el dueño de casa devuelve a sus inquilinos lo que les cobró de más.

PAGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí



(Continuación de EL ALMA DEL FARO)

bre mí, fresco y salado; y al mirar por la ventana allí estaba la luz guiñándome, lenta, poderosa y serena. Parecía decirme que tú aguardabas allí mis noticias y cuán solitario te sentías y cómo pensabas que jamás apuntaría el día. Eso era lo que yo necesitaba para tomarle nuevo gusto a la vida. Quedé tendida reuniendo aliento y pronto pude corresponder sus sonrisas a la luz. Entonces me envió otra guiñada más, lo más alegre y animadora que te puedes imaginar, y luego se apagó; y entonces supe que alboreaba el alba. Luego dijo el doctor que yo estaba fuera de peligro, y principié a darle las gracias por todo lo que había hecho; pero ya le había hablado de la luz, y él entonces sonrió y me dijo que atribuyera el mérito a quien le era debido. ¡Tú ves, John, que él no dudaba de que la luz pudiera hacer bienes!

Hinchóse la garganta del viejo mientras rodeaba con el brazo el cuello de su mujer.

—Todo eso lo sé, Molly—dijo con voz enronquecida;—y he dado más de una vez las gracias al faro por lo que hizo por mí aquella noche. Bien, quizá tengas razón. No quiero decir que el Señor no pueda hacer de esta garita el instrumento de sus gracias, si esa es su voluntad, aun cuando no parezca posible a nuestra miserable inteligencia humana.—Se levantó con rigidez.—Voy a ver si puedo dormir un poco—añadió. ¿Te quedarás aquí, Molly?

—Estaré aquí como he estado hace treinta años—respondió ella firmemente.—¡Buenas noches, John!

Subió él las empinadas escaleras que conducían a la alcoba, y a los pocos momentos se hallaba entre sábanas, tratando de olvidar sus penas en el sereno refugio del sueño. No pudo lograrlo, y todavía se movía intranquilo de un lado a otro una hora más tarde, cuando oyó pisadas ligeras que ascendían la escalera. En vez de detenerse, continuó ella subiendo, y él la llamó protestando:

—Todo está perfectamente arriba, Molly. Fuí a dar una vuelta antes de entrar.

—Voy allá de todos modos—replicó ella.—No te preocupes por mí.

Subió con seguridad, atravesando otro piso que usaban como depósito, hasta que llegó a la torrecilla donde se encontraba el fanal. No entró allí, sino que se contentó con sentarse en el suelo en lo alto de la escalera, apoyando los pies en los peldaños. Quedó inmóvil, con la barba enterrada entre las manos, fijando esperanzadamente los ojos en la gran luz giratoria.

Sería ocioso e indiscreto penetrar en los pensamientos impregnados de misticismo que flotaban de manera incoherente en su fatigado cerebro, y que sus labios dejaban escapar incidentalmente en murmullo interrumpido, en forma de plegarias. Bástenos saber que encontró la paz en su vigilia solitaria, y esperamos que llegaron a oídos del Altísimo las súplicas de auxilio proferidas por sus labios ardientes, aun cuando la agobiada anciana, en su hora de pesar, las dirigía al mítico espíritu del faro.

II

Amanecía la mañana gris y fría, pero la tempestad había pasado y sólo quedaba una mar gruesa para recordar su fuerza. A las seis llegó a relevar a los viejos el hombre que quedaba fuera de turno en otro faro a doce millas al norte de la costa. Habíase levantado de buena gana dos horas antes del alba y hecho el trayecto a los arrecifes de Tom Thumb para que los ancianos pudieran ir a tierra; porque no está permitida la menor infracción a la ordenanza que insiste en que jamás se deje una luz enteramente abandonada, ni siquiera un minuto.

A las siete llegó un bote pescador, sólido aunque maltratado, que se jactaba de poseer un poderoso motor auxiliar. Su propietario, tímido y joven pescador, saludó con una sonrisa a los viejos que bajaban la oscilante escalera, saltando con la seguridad de la práctica sobre la maciza cubierta.

—Es muy amable de tu parte el venir a buscarnos, Jim—agradeció la mujer.—Llegaremos en un momento a tierra en este barco.

—Haría mucho más por ustedes, Mrs. Bristed — afirmó él. — No he olvidado que fuimos camaradas de escuela con Chárley.

Estas palabras y el tono en que fueron pronunciadas hicieron brillar con luz repentina los ojos de los viejos, poniendo nuevo calor en su corazón. Indudablemente, en su pequeño círculo, si no todos habían sido "camaradas de escuela de Chárley", por lo menos le conocían por lo que era. Algo confortados con esta reflexión, volvieron el rostro a tierra con más resolución y menos temor para afrontar el destino de aquel día.

El iracundo océano dificultaba obstinadamente su avance, y a despecho de la lisonjera opinión de Molly Bristed sobre el barco, era cerca de las diez cuando los introdujeron en el despacho particular de Chéster Leslie. El abogado trató de encontrar palabras tranquilizadoras para saludarlos; pero estaba pálido y preocupado, y complacido íntimamente de que se hubieran retardado. Logró evitar un torrente de necias preguntas arrastrándolos apresuradamente al tribunal; pero la anciana percibió la duda y la incertidumbre que se ocultaban tras de su alentadora sonrisa, dirigiéndole al cabo una pregunta pertinente:

—¿No han encontrado a nadie todavía?

—¿Que le viera durante esos malditos diez minutos?—estalló Leslie.—¡No!

Los padres cambiaron una mirada de desesperación; pero habían llegado ya al tribunal y Leslie se convirtió instantáneamente en la persona más agradable, más confiada y más despreocupada del mundo. Envió una alegre sonrisa a la mesa de los repórters, y la venia que dedicó al fiscal era una combinación sublime y artística de tolerancia jovial y de indulgente condescendencia. El aludido, un hombrecillo de cabello cano, devolvió el saludo con una mueca que parecía sonrisa, y se engolfó de nuevo en el estudio de sus notas.

Los viejos esposos tomaron asiento al lado de Leslie, y bajo un pliegue del vestido de seda negra de Molly sus manos se encontraron y se estrecharon en creciente presión. Observaban en medio de blando desvanecimiento las escenas que se desarrollaban en la apertura de la audiencia, incapaces de comprender con su mente perturbada mucho de lo que pasaba. El juez excitó su interés, y decidieron que tenía rostro bondadoso y justo, a pesar de su máscara de impasibilidad.

Sólo un minuto, cuando introdujeron al prisionero, Molly despertó al movimiento. Se lanzó de su asiento con un grito ahogado, y durante un segundo madre e hijo se abrazaron estrechamente mientras los repórters garabateaban con terrible apresuramiento. Los separaron con suavidad, y el prisionero, un joven de aspecto abierto y poco menos de treinta años, ocupó su sitio al otro lado del abogado. Los espectadores colocados al extremo de la sala del tribunal cesaron en sus murmullos, fijándose en una actitud de silenciosa expectativa.

El fiscal se levantó. Vivaz y cortés, el hombrecillo cano procedió a delinear el caso ante el tribunal en forma clara y concisa. El proceso, declaró, no era muy intrincado. Podía demostrar a los caballeros del jurado que existía ojeriza previa entre el acusado y su víctima, el infortunado Eric Saunders. Convocaría testigos que habían presenciado un altercado entre ambos hombres, relativo a la propiedad de un barco pescador:—"contienda, señores, que tuvo lugar unas cuantas horas antes del asesinato".

Daría a conocer, continuó, los movimientos del prisionero en la noche del crimen, desde el momento en que atravesó la puerta de un puesto de licores con la amenaza en los labios hasta que regresó treinta minutos más tarde, después de cumplir su terrible propósito. Más aún (preparándose a desbaratar el posible método de defensa): sostendría, en nombre del estado, que el desvalijamiento de los bolsillos de la víctima y otras evidencias de robo, no significaban otra cosa que una burda tentativa del asesino para arrojar a la policía sobre una falsa pista.

Tomó asiento, muy complacido del evidente efecto que su discurso había producido en el jurado, y Leslie ocupó rápidamente su puesto.

Con entonación vibrante y llena de confianza, el abogado del prisionero lanzó su reto a la acusación fiscal. Insistió extensamente sobre la excelente reputación de su cliente, y pidió que se sobreseyera en la causa, pues que era un

simple cúmulo de circunstancias singularmente reunidas en contra de un inocente. Hubo cierto rumor de aplausos cuando terminó, y los dos viejos quedaron sorprendidos de que el juez no sobreseyera en el caso inmediatamente; pero el joven abogado volvió a su asiento con el corazón oprimido y sin hacerse ilusiones.

III

La mañana transcurrió rápidamente. El fiscal, insensible y eficiente, cumplió todo lo que había prometido y algo más. Sus testigos declararon de mala gana contra un hombre a quien conocían toda su vida, pero esa misma repugnancia daba mayor peso a su testimonio. Finalmente concluyó lo peor, y precisamente antes de disolver el tribunal para el descanso del mediodía, pudo anunciar el fiscal que el estrado daba la vista por terminada.

Inmediatamente después del almuerzo, Leslie convocó a Charley Bristed para que asumiera la tribuna en su propia defensa, pronunciando el nombre del prisionero con una seguridad que se hallaba muy lejos de sentir. Tomaba una medida desesperada, confiando en que la personalidad del acusado haría buena impresión en el jurado; y en general tuvo razón por los resultados. Entre un verdadero huracán de objeciones del fiscal, Bristed contestó las preguntas de su abogado con aire franco y leal, hasta que quedó descubierta ante el jurado la historia completa de una vida honrada.

El hombrecillo cano se levantó para las repreguntas. Su voz era suave, casi bondadosa, pero cada pregunta parecía anudar más estrechamente el lazo mortífero en el cuello del prisionero.

—Bien, Bristed, ¿tuvo usted una riña con Saunders la tarde del día en que fué asesinado?

—Sí, señor.

—Usted se separó de él iracundo, y las declaraciones de los testigos afirman que discutió usted el asunto con ellos aquella tarde en la cantina del club de los pescadores. ¿Es verdad?

—Sí, señor.

—Se dice que estaba usted excitado y que usó lenguaje violento. ¿Fué así?

—Sí, señor.

—¿Había bebido usted?

—¡Jamás he estado embriagado en mi vida, señor!

—¿Había bebido usted?

—Había tomado dos vasos de cerveza.

—¿Se lanzó usted fuera de la cantina anunciando su intención de ir a buscar a Saunders?

—Sí, señor.

—¿Volvió usted al cabo de una hora?

—Así han jurado los testigos y yo lo creo.

—Como todos sabemos, Saunders fué encontrado una hora después con el cráneo aplastado por algún arma pesada. Ahora diga usted, Bristed: cuando se separó del grupo de hombres en la cantina, ¿pronunció usted las siguientes palabras: "Le he de romper la cabeza antes de irme a acostar"?

Leslie saltó de su asiento con una furiosa objeción. El juez le escuchó con faz grave y conturbada; pero antes de que pudiera sostener o renegar la moción, el prisionero había arreglado el asunto a su manera:

—¡Dije eso, señor; pero no me refería a asesinato!

Se produjo un movimiento de sorpresa en el atento auditorio. Leslie encogió los hombros con ira y pesar. El fiscal lanzó al jurado una mirada de triunfo.

—¡Eso es todo!—concluyó.

—¡Un momento! — exclamó Leslie.— Díganos en sus propias palabras, Bristed, lo que hizo usted después de abandonar el club de los pescadores.

—Bien, señor; yo estaba muy encolerizado, y salí a buen paso en dirección a la casa de Saunders, con intención de darle una buena azotaina por la sucia pasada que me había jugado; pero el aire de la noche comenzó a refrescarme un poco y me eché a pensar. Recordé que era veinte años más viejo que yo. Sé por experiencia que es una necedad dejarme llevar de mi carácter. Así, a mitad de camino a su casa, abandoné la carretera y tomé un pequeño sendero que conduce a una reducida playa frente a la antigua casa de campo de los Meakin. Sabía que desde allí podría ver la luz del faro de los bajios de Tom Thumb. Paseé de arriba abajo en la orilla cosa de diez minutos. En este intervalo había dominado mis impulsos y regresé directamente a la ciudad. Eso es todo lo que hice, ¡así Dios me ayude!

—¿Por qué quería usted ver la luz de los escollos de Tom Thumb?

—Mi madre estaba a cargo del faro aquella noche. Yo sabía que si llegaba a ver la luz y a pensar en mi madre, allí, orando por mí como acostumbra hacerlo todas las noches, eso me impediría hacer nada malo.

La atestada sala del tribunal quedó en profundo silencio. La respuesta había brotado con sencillez, sin deseo aparente de provocar la emoción, y Leslie decidió discretamente cerrar con esta nota. Aguardando un instante para dejar tiempo a que las palabras penetraran bien en la mente de los jurados, despidió al testigo con una inclinación y una sonrisa, satisfecho de que hubiera contestado en la mejor forma posible.

Preparábase a llamar el nombre siguiente que tenía en lista cuando un alguacil de la corte le golpeó el hombro alargándole una hoja de papel. Leslie echó una ojeada al mensaje escrito, lo leyó de nuevo cuidadosamente, convirtiéndose luego en la personificación del asombro y de la agitación.

Giró sobre sí mismo hasta que sus ojos pudieron alcanzar todo el mar de rostros en el fondo. Un joven vestido de americana gris se levantó a medias de su asiento, haciéndole una seña. Leslie se volvió hacia el juez.

—Vuestra señoría: acaba de presentarse un nuevo testigo cuyo testimonio promete ser muy valioso. ¿Puedo contar con vuestro permiso para consultar con él un minuto?

—Ciertamente, Mr. Leslie.

Hubo un murmullo de interés en la asamblea y todo el mundo siguió con los ojos al abogado y al joven cuando se retiraron a un lado de la sala y comenzaron a hablar en voz baja vivamente. Cuando regresó Leslie a su puesto pudo notarse que marchaba con el aire de un hombre seguro de la victoria.

—Con el permiso de vuestra señoría —dijo,—voy a llamar a un testigo cuyo nombre no figura en mi lista.

El juez inclinó la cabeza en señal de asentimiento, sin demostrar en su actitud el menor signo de la curiosidad que indudablemente sentía.

—¡Richard Masters!

IV

El joven de americana gris subió a la plataforma, prestó juramento, y procedió a responder en forma concisa una serie de preguntas que le dirigió Leslie. Declaró que en la noche del asesinato estaba de visita en la quinta de Meakin, ocupada entonces por la familia de su prometida, que ahora era su mujer. La noche en cuestión había estado en el corredor de la quinta y vió un hombre que paseaba de arriba abajo en la playa durante diez minutos. Hacía una luna muy clara, había visto al hombre perfectamente y estaba dispuesto a identificarlo como el prisionero a quien se juzgaba. Había observado detenidamente al hombre mientras avanzaba por el sendero que costea la casa de campo. Desde aquel tiempo el testigo había estado fuera muchas veces y nunca había relacionado este incidente con el asesinato, hasta que tuvo ocasión de asistir a la vista de la causa y reconocer al acusado.

—Gracias—dijo Leslie.—¡Su testigo, señor fiscal!

El hombrecillo seguía siempre vivaz, siempre cortés y siempre batallador. Dirigió algunas preguntas sin objeto, destinadas a infundir confianza al testigo, y luego, bruscamente, lanzó el ataque:

—¿Usa usted reloj, Mr. Masters?

—No, señor.

—¡Ah! ¿Llevaba usted reloj la noche del asesinato?

—No, señor.

—¿Conque es así? Sin embargo, ha jurado usted que había observado al prisionero durante un período definido de diez minutos.

—Sí, señor.

—Es bien conocida la dificultad, por no decir la imposibilidad, de medir exactamente el tiempo por simple cálculo. ¿Quiere usted decirnos, y medite usted su respuesta cuidadosamente, Mr. Masters, cómo es que se siente usted tan seguro de que aquel intervalo fué precisamente de diez minutos?

El auditorio aguardó sin respirar, temiendo que el testigo fuera rechazado cuando había venido tan dramáticamente al socorro de la defensa. Leslie se mordió los labios con ansiedad. Para desconsuelo de los amigos del acusado, el joven de la plataforma vaciló perceptiblemente y enrojeció a efectos de la turbación.

—Bien — comenzó por último; — ello pasó de esta manera. Yo había venido para llevar a mi prometida al teatro, y encontré que no estaba lista. La quinta es algo reducida, y mi novia, después de saludarme, me suplicó aguardar en el corredor diez minutos antes de volver a entrar, porque... bien, porque tenía que cambiar algo en su vestido. Regresé al corredor y fué entonces cuando vi al hombre que bajaba por la senda que conduce a la playa. Quizá comprende usted lo que es estar comprometido, señor...

Detúvose, enrojeciendo. Brotaron sonrisas en todos los rostros, y aun el grave juez suavizó su semblante ante esta nota de melodía humana. Se inclinó hacia adelante con un ligero parpadeo en los ojos.

—Continúe usted, Mr. Masters—dijo alentándole.—¡Estoy cierto de que casi todos los presentes hemos estado enamorados y podemos simpatizar con usted!

—Parecerá estúpido, señor, pero yo me sentía moralmente obligado a quedarme los diez minutos justos, ni uno más ni uno menos. No llevaba reloj, pero observé la luz del faro de los bajíos de Tom Thumb y recordé que brilla cada diez segundos. Así, mientras aguardaba, teniendo plenamente a la vista al hombre de la playa, conté sesenta proyecciones de la luz.

Hubo un momento de silencioso asombro, interrumpido de pronto por el estallido de aplausos que los alguaciles pudieron dominar con dificultad. Chester Leslie enjugaba el sudor de su frente y sonreía con beatitud, mientras su cliente, trastornado por su inesperada buena suerte, permanecía casi alelado.

El tumulto cesó bruscamente al notar que el fiscal dirigía la palabra al tribunal. Se mantenía vivaz aun en medio de la derrota.

—Si vuestra señoría me lo permite— —dijo,—me agradaría ser el primero en congratular a la defensa por una coartada tan imprevista como definitiva. Indudablemente el verdadero asesino caerá alguna vez en manos de la justicia; pero entretanto, en nombre del estado, propongo que se levanten los cargos contra Charley Bristed.

—Se otorga la moción — declaró el juez; y su semblante tenía la expresión de aquel que acababa de escapar a una prueba dolorosa.

Repitiéronse los aplausos y los apretones de manos mientras los espectadores abandonaban apresuradamente sus asientos y se aglomeraban en la puerta. Los periodistas se unieron al movimiento general, precipitándose a conseguir el teléfono más cercano, en tanto que Leslie se mantenía al lado de su cliente golpeando como un idiota la espalda de Charley Bristed.

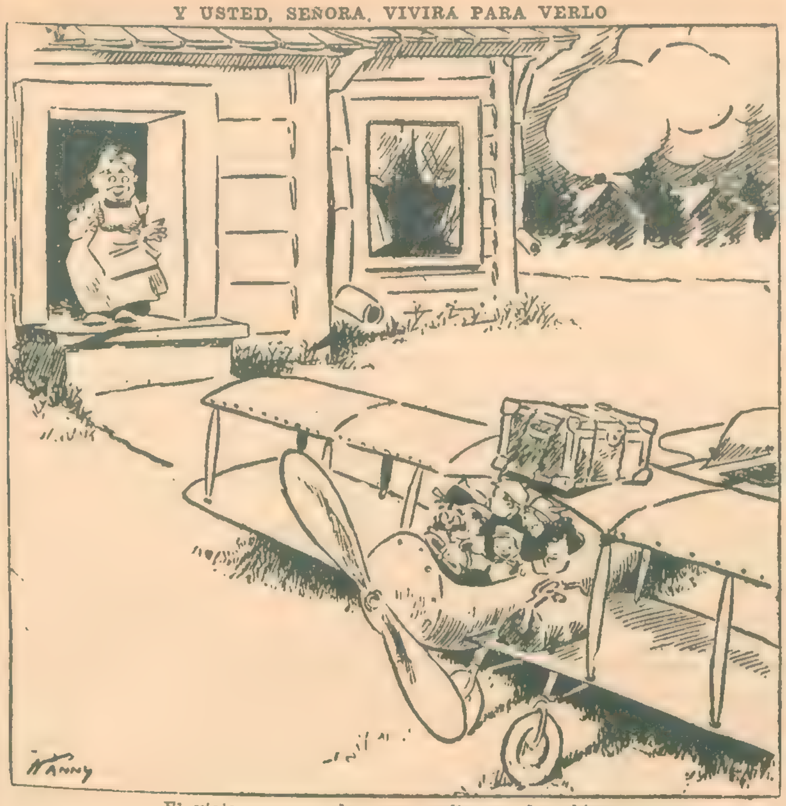
Las únicas figuras tranquilas en toda la sala eran los viejos consortes, que continuaban todavía sentados, oprimiéndose las manos, tratando de comprender, en el aturdimiento de sus facultades, el súbito cambio que había arrancado a su hijo de la sombra misma del patíbulo. Fué Molly Bristed quien primero recobró el uso de la palabra:

—¡John!—murmuró con voz trémula, apretando los dedos en torno de la mano de su marido.—¿Qué te decía yo? ¡El faro!

—¡Dios lo bendiga!—exclamó él.

Armstrong LIVINGSTON.

Y USTED, SEÑORA, VIVIRA PARA VERLO



El viejo se va a dar una vuelta con los chicos.

¡Noviecita triste!

—¡Noviecita buena!
—¡Noviecita triste!
¿Por qué hoy tu faz viste
crespón de la pena?

¿Qué dolor te hiere
que tu alma acongoja,
y cruel la deshoja
cual flor que se muere?

¿Acaso el mancebo
la fe que jurara?...
—¡Sí, ingrato, quebrara
en pos de amor nuevo!...

—¿Y es ese el quebranto
que a tu ser amustia?...
¡Disipa tu angustia,
enjuga tu llanto!...!

Y atiende—aunque duro
te sepa el consejo
que aquí date un viejo
y en lances maduro—:

"Que para a Cupido
poder domeñar,
preciso es amar
y haber padecido...

Que el cruel padecer
por lides de amor
te hará muy mejor,
pues te hará... ¡mujer!"

... ...
... ...

Así, la honda pena
que hoy a tu faz viste,
Aleja y... resiste...
¡Noviecita buena!
¡Noviecita triste!

Gontrán **ELLAURI OBLIGADO.**

Bs. Aires, VIII, 1919.

La sentencia que condenó a Jesús

Entre las muchas reliquias interesantes y fragmentos de los orígenes del cristianismo, ninguna quizás más impresionante para el creyente que el texto de la sentencia por cuya fuerza fué condenado Jesucristo al suplicio de la cruz. Se la ha descubierto grabada en una placa de cobre, en el reverso de la cual hay una inscripción que dice: "Una placa semejante ha sido enviada a cada tribu". Fué encontrada en un vaso de mármol hallado en las excavaciones de la antigua ciudad de Aquilla, en el reino de Nápoles, el año 1810, por el Comisionado de Artes del ejército francés. El texto está en hebreo. Debemos agregar que la autenticidad del documento no está comprobada suficientemente. Dice así:

"En el año diez y siete del Emperador Tiberio César, y el día 27 de marzo, en la ciudad de la Santa Jerusalén—siendo Anás y Caifás sacerdotes, sacrificadores del pueblo del Señor—Poncio Pilato, gobernador de la Baja Galilea, en la sede presidencial del Pretorio, condena a Jesús de Nazareth a morir en la cruz entre dos ladrones, porque la evidencia grande y notoria del pueblo dice: 1, Jesús es seductor; 2, Jesús es sedicioso; 3, Jesus es enemigo de la ley; 4, se llama a sí mismo, falsamente, hijo de Dios; 5, se llama a sí mismo, falsamente, rey de Israel; 6, entró en el templo seguido por una multitud que llevaba hojas de palmera en las manos.

Ordeno al primer centurión, Quilio Cornelio, que lo lleve al lugar de la ejecución.

Prohibo a toda persona, cualquiera que sea, pobre o rico, que se oponga a la muerte de Jesucristo.

Los testigos que firman la condena de Jesús, son: Daniel Robani, fariseo; Juan Robani; Rafael Robani; Capet, ciudadano.

Jesús deberá salir de la ciudad de Jerusalén por la puerta de Struenus."

Donde chocan los vientos

Cerca de Acari, pueblo de la provincia de Canarias, del Perú, hay un cerro donde se produce un fenómeno acústico muy curioso. En la estación veraniega y en los días de mucho calor, se oye un sonido particular que se asemeja al de un bombo o tambor grande.

Este fenómeno, que admira a todos los que lo perciben por primera vez, es debido, en opinión de muchas personas, al choque de la corriente de aire dilatado que se levanta verticalmente de la superficie del suelo arenoso fuertemente calentado por el sol, con el aire más denso del viento casi constante que sopla del sur, notándose que cuando el viento es más fuerte también el sonido aumenta en intensidad.

En este cerro se encuentran ruinas de fortalezas de los incas.

FOOTBALL

en serio y en broma

¿Decadencia o analfabetismo?

por EDELWEISS

—¿Sabe usted leer y escribir?

—No, señor, pero sé firmar.

—¿Qué puesto ocupa usted en el club?

—Soy presidente.

—¿Trae usted las credenciales que lo acreditan como delegado ante el consejo divisional?

—Sí, señor.

El personaje de esta suerte interrogado es presidente de un club de football X, desde hace varios años, y aun cuando no sabe leer ni escribir, es hombre de acción y de arrastre. Los asociados, que suman más de cien, lo han elegido porque su audacia lo capacita para ganar partidos fuera del field, sea rompiéndole los dientes al referee o imponiéndose ante el consejo divisional por los prestigios de célebres trompeaduras a unos cuantos pobres infelices.

El lunes de cualquier semana aparece en las crónicas de los grandes rotativos un severo comentario por la decadencia del football, se cita al club X y se indican los medios conducentes a modificar malas prácticas. El analfabeto presidente del club, a quien le han leído el comentario escupe por el colmillo, lanza una imprecación contra el cronista, los aduladores sienten que se les pone la carne de gallina ante la posible trompeadura al "pobre diablo" amenazado, y a nadie se le ocurre decir, siquiera mentalmente, que la decadencia del football depende en primer término del analfabetismo de los dirigentes de la gran mayoría de los clubs.

Teoría y práctica

por NATHERIOS

Los libros destinados a la explicación y el comentario del reglamento de football, se encargan también de suministrar observaciones relativas a las condiciones imprescindibles para ocupar cada uno de los puestos de un equipo, y asimismo las que se necesitan para actuar de referee, en debida forma.

Todos esos libros expresan, respecto a este último punto, que para ser buen referee no sólo basta ser un admirable teórico y conocer al dedillo las reglas que rigen el juego.

Eso debe estar complementado con cualidades personales de otro orden, entre las que figura en primer término la serenidad, esto es, el absoluto dominio de sí mismo, capaz de sobreponerse a cualquier injusticia del público, a cualquier juicio adverso, a cualquier actitud inconveniente.

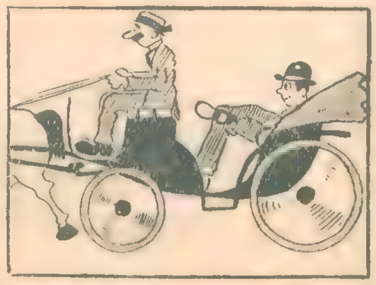
¡Desdichado del referee que falle en tan fundamental condición! Su maestría teórica, su "técnica" verbalista, su conocimiento profundo del reglamento, de poco han de servirle en trances difíciles. Estará irremisiblemente perdido. Dominar los nervios, no es para todos cosa sencilla, pero un referee necesita de esa "virtud" —llamémosle así—para no verse perdido.

Si no lo hubiéramos comprobado muchas veces, un caso reciente, ocurrido en el último match por la copa Lipton, vendría a sacar de dudas a los presuntos incrédulos.

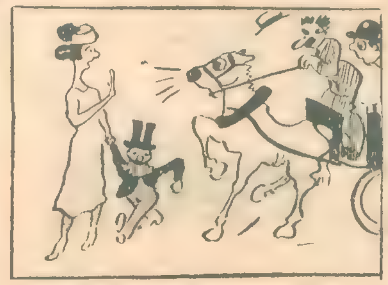
El referee que actuó en ese partido no supo dominarse. Se dejó influenciar por los gritos del público, y como si esto no fuera suficiente, arrojó su silbato a una parte de los espectadores, al abandonar el field después del primer período, en señal de protesta airada contra los descontentos.

Lo que vino después, no fué sino una consecuencia de aquello y de la incultura e intolerancia de cierto público, nunca censurada lo suficiente, y el partido tuvo entre sus notas ingratas, lo poco amable de un árbitro, que perdiendo su serenidad lamentablemente, puso de manifiesto cuán difícil es ser referee, sobre todo en estos tiempos, y como no está demás hacer un poco de psicología popular sin encastillarse en una pretendida suficiencia, que es, al final de cuentas, la causante de muchos malos ratos.

AVENTURAS DEL REFEREE POCAGUITA, por Elías.



De un partido espeluznante
sale alegre en cochecito
y el cochero Hipolitito
maneja lo más campante.



El caballo Parsifal
por mucho que se sujeta
a poco menos apreta
una pareja ideal.



Y después de este desliz
lleno de melancolía,
al chocar contra un tranvía
casi pierde la nariz.



Y como esto no es bastante
para el colmo de su "yetta"
enseguida lo sujeta
y lo encana un vigilante.



Reconoce a Pocaguita
todo un club que estaba en "cana"
y en seguida hacen jarana
e inician una farrita.



Aun no repuestos del susto
Pocaguita y el cochero
por un destino fulero
cobran boyos que da gusto.

Después del internacional

por Seester THORNE

Se dijo en varias ocasiones que era conveniente suprimir los partidos internacionales entre argentinos y uruguayos, o al menos reducirlos, como una manera práctica de evitar consecuencias deplorables, nada problemáticas, en una época tan desastrosa para el football.

Los que así opinaban, lo hacían basándose en los hechos mismos, que son en definitiva los mejores consejeros, pero a sus palabras se respondió invariablemente, casi con la misma frase:

—¡Son exageraciones!

Sin embargo, vale la pena reflexionar un poco y analizar serenamente las principales incidencias ocurridas en los últimos años, con motivo de los matchs internacionales, y sin echar la culpa a uno solo, porque en "todas partes se cuecen habas", llegaremos a la misma conclusión: de un tiempo a esta parte, esos partidos vienen sembrando disgustos y enconos, y originando hechos muy desagradables.

Recuérdese aquella final del campeonato sudamericano de 1916, cuya consecuencia fué el incendio de las tribunas de Gimnasia y Esgrima; la otra final del mismo torneo, disputado en Montevideo en 1917, y que merced a la poco feliz actuación del referee que la dirigiera se produjeron hechos de todo punto de vista desagradables, recuérdese asimismo el partido que hace pocos meses jugaron en Río de Janeiro argentinos y uruguayos; el reciente de la copa Newton, del cual quedó ingrato recuerdo, y por último el de la copa Lipton, jugado el domingo 7 del actual y que tuvo el epílogo que todos conocemos.

El síntoma es acaso alarmante: queda de esos encuentros un dejo de disgusto y de acritud. Sensible es consignarlo, pero vale la pena, no engañarse a sí mismo y pensar que las cosas deben decirse tal como son y estudiar un problema que en realidad tiene mayor importancia de la que se le atribuye.

Y si se llegase a la conclusión de que el público no sabe conducirse como es debido y que algunos jugadores también tienen un falso concepto de estos partidos, el remedio es fácil: se priva a unos y otros, de esta clase de espectáculo y con ello habremos ganado mucho, sin que pierda nada la efectiva amistad de dos pueblos, que no puede en manera alguna estar supeditada a la inconsciencia de los que dan excesiva importancia a las cosas que carecen de ella.

Historia anecdótica

Bernardotte, abuelo de Oscar de Suecia, fué, como se sabe, colocado por Napoleón I en el trono de Escandinavia, y fué el único de los reyes coronados por el gran conquistador, que conservó la corona para sí y para sus descendientes.

Había estado varias veces enfermo sin permitir que se le sacase sangre, a pesar de que el médico de la Corte, discípulo del doctor Sangredo, le repitiese muy a menudo que una sangría era indispensable para que se aliviara.

Un día en que Bernadotte se encontraba enfermo, declaró el médico que no respondía de su vida si no consentía en que se le diese una sangría.

—Consiento—dijo el rey—pero debéis primeramente jurar que no revelaréis jamás a nadie lo que viereis en mi brazo.

El doctor, admirado, juró. Entonces, Bernadotte, remangándose la camisa, descubrió un magnífico dibujo, como los que acostumbran grabarse de una manera indeleble en la piel, los soldados y marineros europeos; éste representaba un gorro frigio engalanado con las palabras: "¡Muerte a los reyes!"

¡Cuán lejos estaba el soldado Bernardotte, cuando mandó grabar esas palabras regicidas en sus brazos, de imaginarse que llegaría algún día a ser rey!

Huevos grandes y chicos

El avestruz es el ave que pone huevos más grandes, pero un huevo de este gigantesco pájaro parecería pequeño al lado de los del epyornis, ave de Madagascar ya extinguida, los cuales medían 75 centímetros de circunferencia en su extremo menos voluminoso.

Los huevos más pequeños son los de la diminuta especie del pájaro-mosca; algunos de ellos no son mayores que los de ciertos escarabajos tropicales.

El ave que pone huevos más pequeños en proporción a su corpulencia es el cuco. Otras aves de su mismo tamaño ponen huevos cinco o seis veces más grandes. Gracias a esta particularidad, el cuco hembra puede depositar sus huevos en nidos de pájaros de tamaño mucho más pequeño.

El caso contrario del cuco lo ofrece el kiwi, curiosa ave sin alas de Nueva Zelandia, cuyos huevos son excesivamente grandes comparados con el tamaño del pájaro.

Los huevos de los reptiles ofrecen poco atractivo. Los de los cocodrilos y los de muchas especies de tortugas son blancos o de color pálido y por su forma se asemejan mucho a los de las aves. Pero hay una especie de tortuga que los pone redondos como bolas. La mayoría de los huevos de serpiente tienen el cascarón blando, son de color obscuro y parecen patatas nuevas. Los huevos de los peces son, por lo general, pequeños, blandos y no ofrecen más de notable que el extraordinario número que pone cada pez. Algunos hay que ponen hasta nueve millones.

Los tiburones ponen pocos huevos, pero son de gran tamaño, no aparecen formando masas como los de la generalidad de los peces, y están provistos de una especie de tentáculos o apéndices, gracias a los cuales quedan enganchados entre las hierbas marinas y preservados por lo tanto de los peligros que correría el embrión si flotasen en el agua.

PARA LA GENTE DE CAMPO

CONSEJOS PARA EFECTUAR LAS PLANTACIONES

Que para las legumbres o flores, la colocación en la tierra sea más o menos bien hecha, no tiene mayor importancia, porque el ciclo vegetativo es relativamente corto,—7 meses como máximo—pero en cambio ello requiere sumo cuidado cuando se trata de árboles ya sean frutales o forestales, pues su crecimiento requiere algunos años, aparte de los crecidos gastos que representa la compra de semilla o de la planta, los trabajos de preparación del suelo, abertura de pozos, plantación, y otros que representan gastos relativamente elevados. Por todo ello conviene prestar suma atención a la colocación de los árboles en la tierra, cosa que generalmente no se tiene en cuenta. No hablaremos de los pozos que deben hacerse según la clase de raíces que tenga el árbol a plantar, hondo si ellas son pivotantes, o anchos si son rastreras.

En un árbol existen dos partes muy distintas: una con raíces que representa la parte subterránea, y otra provista de ramas que es la parte aérea; el punto de junción de estas dos partes se encuentra al nivel del suelo y constituye lo que se llama el cuello, que puede ser un punto variable, pero que se reconoce por la diferencia de color que existe entre la parte aérea que es la más obscura, y la subterránea.

Ahora bien: ¿Qué efecto puede tener sobre la existencia de un árbol el no tener en cuenta el sitio del cuello?

Si la planta está demasiado enterrada las raíces no recibirán ni calor ni aire, pero en cambio encontrarán un exceso de humedad que puede llegar a la asfixia del árbol, cosa que pasa en muchas plantaciones.

Esto es tratándose de plantas no injertadas, pero para las injertadas, como son la mayoría de los frutales, es mucho peor aún porque aparte de los accidentes indicados más arriba, se producirá el anulamiento del injerto, fenómeno que se provoca en arboricultura frutal cuando la planta injertada carece de vigor.

Conociendo por la diferencia de color de la corteza, dónde está el cuello, es menester que al efectuar la plantación, éste se encuentre al nivel del suelo o muy poco más abajo; para llegar a obtener esto se pone una varilla o regla recta a través del pozo, con las dos extremidades apoyadas sobre el suelo firme y no removido; luego se presentará el árbol debiendo quedar el injerto a unos 10 o 12 centímetros de la línea del nivel normal indicado por la regla.

Se indican 10 o 12 centímetros porque se calcula que en suelo arcilloso la tierra removida aumenta de volumen de 10 a 15 centímetros por metro cúbico, así que cuando se asiente y llegue al nivel normal el injerto se encuentra siempre a algunos centímetros más arriba, y por consiguiente en la imposibilidad de echar raíces propias, que es lo que hay que impedir.

Una vez hechos los pozos y puesta a un lado la tierra superficial que es la más fértil en un espesor de 20 a 25 centímetros, se colocará ésta bajo y entre las raíces de manera que queden perfectamente envueltas. Si se trata de un patrón que proviene de estacas, como el membrillo, tendremos en la base una especie de cueva producida por la junción de las raíces con la base de la estaca, se formará en el centro del pozo un pequeño montículo de tierra en el cual debe asentarse la base de la estaca dejando caer de cada costado las raíces que por este procedimiento se encontrarán perfectamente puestas, sin que ninguna se halle superpuesta. Esto es muy importante y para evitarlo conviene que el plantador reparta la tierra a mano, colocando al mismo tiempo cada raíz en su lugar respectivo.

Como en nuestro país los vientos son bastante violentos, convendrá, para el primer año por lo menos, poner un tutor en el sitio que deberá ocupar la planta y al mismo tiempo sujetarla para que el viento al moverla no moleste su arraigamiento, y forme en el suelo en la base del talle un embudo que permita que el aire llegue hasta las raíces y las seque causando la muerte del árbol. Al atar la planta al tutor debe hacerse una ligadura floja, para que pueda ésta seguir el movimiento de descenso que efectuará la tierra movida, evitando de que la planta quede suspensa en el aire.

Conviene también no pisotear fuertemente el suelo, en una circunferencia de unos 15 o 20 centímetros alrededor del tallo, pues el exceso de tierra que se amontona para la nivelación de los pozos, si es muy compacta por apretarse demasiado, forma una cueva que en tiempos lluviosos podría resultar muy perjudicial para la planta. — **E. Gauttier.**

LA ELECTRICIDAD Y LA AGRICULTURA

Creemos de interés la siguiente descripción de un experimento hecho con el cultivo de papas y llevado a cabo en una chacra de Pontprid, en Nueva Gales (Inglaterra).

El arado y abono de todo el terreno fué realizado de idéntica manera, pero la electro-cultura fué aplicada tan sólo a una parte de la chacra; la restante servía de control para fines comparativos.

Las papas fueron sembradas en condiciones exactamente iguales en toda la labranza, y durante 1917 la parte electrificada produjo una cosecha mayor en 17,2 por ciento que la restante del cultivo.

En 1918 el aumento por el electrocultivo fué 12,6 por ciento, siendo la merma explicada por varios motivos, uno de ellos que la intensidad de la red de alambre fué menor, y que la parte de la chacra dedicada al cultivo ordinario para fines comparativos tuvo el año anterior los beneficios de la electrificación.

Otro ensayo hecho en un rastrojo de avena cercano, aun cuando no fué hecho con toda prolijidad, demostró un aumento de 25 por ciento de granos y 17 por ciento de paja. En el cultivo de papas, los alambres fueron primeramente colocados como sigue: una red rectangular de 1.80 metros, colocados sobre aisladores a 1.75 metros del suelo. En agosto de 1917 el alto fué reducido a 1.50 metros, siendo en Europa este mes el del desarrollo de los tubérculos. Durante los ensayos de 1918, los alambres se hallaban a 2.70 metros uno de otro, no empleándose alambres en cruz para formar redes y a una altura de 0.60 metros.

El circuito fué alimentado por un transformador y rectificado con corrientes de 30.000 y 39.000 voltios, según los grados de temperatura; la cantidad de corriente marcó de 2,5 miliampéres en tiempo seco; de 4 a 7 en tiempo húmedo durante 1917 y de 0,36 a 0,8 durante 1918. La instalación jamás falló, ni en el tiempo más húmedo del clima de Gales. En las noches obscuras los alambres resplandecían y aun las puntas de los pastos en el rectificador radiaban de luz. Aparentemente los insectos se apartaban de los alambres, pero ocasionalmente se asentaban sobre la red, donde resplandecían y eran fulminados. Aun cuando el voltaje era tan alto, la corriente era tan baja, que sólo había peligro para los insectos. Los caballos son muy susceptibles a sacudimientos eléctricos; pero uno que pudo penetrar en la red se retiró sin daño, aunque arrastrando una buena parte del alambre.

Estos experimentos confirman las esperanzas halagüeñas sostenidas por los ensayadores de la aplicación de la electricidad en la agricultura, que se está estudiando con esmero por una subcomisión especial del Consejo de Agricultura Británico.

LOMBRICES EN LOS YEGUARIZOS

"Cuando existen en gran cantidad, las "lombrices intestinales" pueden perjudicar seriamente la salud de los caballos, provocando cólicos de intensidad variable, y hasta perforaciones intestinales, etc., mortales.

Como preventivo conviene dar de vez en cuando a cada yeguarizo, después de 24 horas de ayuno, el siguiente antihelmíntico, que puede ser preparado en cualquier botica:

Electuario.

Aceite empiremático, 50 gramos (o sino aceite de cade) raíz de helecho macho, en polvo, 100 gramos; miel, cantidad suficiente para un caballo.

Este remedio tiene aspecto de pasta blanda, y debe ser aplicado sobre la lengua del caballo, el cual lo traga porque es de sabor bastante dulce. A cada caballo hay que hacerle este tratamiento.

Al día siguiente se debe dar a cada uno un bolo (píldora grande) con 30 gramos de áloes en polvo, para que expulsen las lombrices muertas por el antedicho remedio.

Hay que hacer tantos bolos como caballos se desea tratar.

Las apuestas del teniente Verdier

De uno de los periódicos de las trincheras del frente francés tomamos la siguiente anécdota:

"El teniente Verdier, del primero de fusileros canadienses, ganaba todas sus apuestas.

Ganaba todas sus apuestas, y ya nadie quería apostar con él, cuando fué destinado a otro regimiento.

Llegó a la nueva guarnición, a la que antes había llegado su fama, y se incorporó a su cuerpo.

La misma noche, durante la comida en el "mess", el coronel le preguntó:

—Es usted, teniente, el que gana todas las apuestas?

—Sí, mi coronel.

—¿Y cómo hace usted para ganar siempre?

—Es muy fácil. Soy un buen fisonomista, y no apuesto más que a golpe seguro.

—¡Ah! ¿Es usted fisonomista?

—Sí, mi coronel.

—Muy bien. Y... ¿querría usted decirme que ve en mi fisonomía?

—Pues veo que la herida de usted en el muslo se ha abierto.

—¡Pero si nunca he sido herido en el muslo...!

—Perdón, coronel, mas...

—¡Cuando yo se lo digo a usted...!

—Sin duda, tendrá usted razones para ocultarlo...

—¡Caramba!... ¡Qué empeño!... ¿Quiere usted apostar algo?

—Con mucho gusto.

—¿Veinte francos?

—Veinte francos.

—¡Esta vez, amigo mío, ha perdido usted!—gritó el coronel, bajándose el pantalón y mostrando sus piernas desnudas, en las que, en efecto, no había ninguna herida, ni la más pequeña cicatriz.

—Es verdad, mi coronel. He perdido. ¿Qué quiere usted? Puede uno equivocarse. Tome usted sus veinte francos.

El coronel, contentísimo, embolsa la ganancia, pide papel y pluma y escribe sobre la marcha a su colega del otro regimiento esta lacónica carta:

"El teniente Verdier acaba de apostar conmigo veinte francos a que yo tenía una herida en el muslo. Ha perdido."

El día siguiente recibió la respuesta, igualmente lacónica, del otro coronel.

"El teniente Verdier había apostado cien francos conmigo a que le haría a usted bajarse los pantalones delante de la gente y en el mismo día de su llegada a esa. La carta de usted me demuestra que el teniente Verdier me ha ganado la apuesta."

El sapo medicinal

La gente del campo ha considerado siempre los sapos como seres repugnantes y hasta venenosos, pero los curanderos de la Edad Media empleaban la piel de estos batracios para preparar una porción de medicamentos.

Ahora, el doctor Abel ha hecho el curioso descubrimiento de que aquellos curanderos no estaban tan equivocados como nos figuramos generalmente, pues haciendo un estudio del sapo gigante tropical que se cría en el río Amazonas, ha extraído de su piel una substancia que cura la hidropesía.

El doctor Abel sabía que entre los remedios caseros clásicos en muchos países, figuraba la piel del sapo contra la mencionada enfermedad, y comenzó a hacer experimentos para ver si el remedio tenía alguna eficacia.

La misma substancia que se encuentra en dicha especie tropical, se extrae también del sapo común, de suerte que es muy posible que no tardemos en ver recetar sapo cocido o en salsa para los pacientes hidrópicos.

LA PROHIBICIÓN DE BEBIDAS



—¡Agua! ¡Uff! ¡Quién iba a decir que a mi edad tendría que probar esta cosa!

Los campesinos antioqueños emplean también los sapos para la erisipela y otras enfermedades inflamatorias, pasando repetidas veces el vientre del animal sobre la parte afectada. No hay que decir que al sapo le cuesta la vida este extraño manipuleo.

Monomanías

Refiere el "Daily Mail" que ante los tribunales de Londres ha comparecido Mr. James John Joicey, de cuarenta y siete años, hijo de una viuda riquísima, que padece la manía de coleccionar mariposas, y tres ellas ha recorrido medio mundo.

En esos viajes gastaba anualmente 10.000 libras esterlinas.

El hombre se excedía de tal modo en sus afanes de poseer una colección maravillosa de estos lepidópteros, que llegó a contraer numerosas deudas.

Por ellas ha sido citado ante los tribunales para que satisfaga por los préstamos y los intereses la bonita suma de 60.000 libras esterlinas.

La colección de mariposas le había costado precisamente esa cantidad.

Era la mejor que se conoce, después de la de los Rothschild, y pensaba legársela a su país.

Los prestamistas le daban el dinero al 300 por 100.

El juez, después de reconocer que el acusado no era un hombre disoluto, sino un pobre diablo anormal y completamente tonto, redujo los intereses del dinero prestado a un 100 por 100, y lo condenó al pago de las costas.

La madre de este sujeto posee una fortuna de 3.500.000 pesos oro.

El periódico inglés supone que no le durará mucho tiempo.

INARMONÍA

I

Cruzó un astro errante
por la zafírea curva sideral.

Dijo el agua tranquila de la fuente:
—¡Oh, qué beso tan breve el que me das!

Dijo la rosa irguiéndose en el tallo:
—Me abrí para guardarte: ¿me verás?

Dijo la alondra recordando el vuelo:
—¡Oh, joya del azul! ¿Te escaparás?

Dijo el buho extasiado e impasible:
—¿A qué mundos bellísimos irás?

Dijo el árbol sin hojas y sin frutos:
—¿En qué rama feliz te posarás?

Dijo el pequeño pájaro en la jaula:
—¡No escuchas mi canción! ¿Por qué te vas?

Dijo el águila absorta de las cumbres:
—¡No te puedo seguir! ¡Tú vuelas más!

Dijo la estrella en el profundo cielo:
—Aquí te esperaré... ¿Regresarás?

Dijo el rocío en la callada noche:
—¡Ay! lo mismo que yo tú eres fugaz!

II

Dijo el hombre, oprimiendo sus fetiches:
—¡Maldición! ¿Qué desgracias nos traerás?

(Del libro "El Halconero Astral").

Emilio ORIBE.

La respiración pulmonar en los cetáceos

Se ha discutido mucho sobre el tiempo que una ballena o un cachalote pueden resistir debajo del agua, sin salir a respirar a la superficie. Se han publicado las opiniones de muchos eminentes naturalistas y de muchos balleneros experimentados; pero a pesar de todo, no puede asegurarse que se haya dicho la última palabra sobre el asunto, pues los naturalistas suelen hablar por deducción, y los balleneros, aunque lo hacen por observación propia, no pueden hablar más que de ballenas perseguidas o heridas, es decir, en un estado de ánimo especial, en el que es imposible juzgar cuáles serán sus actos y sus capacidades en circunstancias normales. De aquí que haya la más singular disparidad entre los distintos pareceres, pues mientras algunos calculan en minuto y medio el tiempo que una ballena puede permanecer sumergida, otros lo hacen llegar hasta una hora, y aun hasta hora y media.

Esta última opinión podrá parecer exagerada, mas no lo es cuando se sabe que el único cetáceo acerca del cual se poseen datos concretos, el jubarte o rorcual, puede estar bajo el agua, sin salir a respirar, durante cerca de doce horas. ¿Es que el animal no respira durante ese tiempo? Eso ya sería mucho decir. Lo único que puede asegurarse, es que no sube a la superficie. Algunos balleneros explican este fenómeno por unos surcos o hendiduras longitudinales que el jubarte tiene en el vientre, los cuales harían, según esta explicación, el mismo oficio que las branquias de los peces, esto es, permitirían llegar al interior el aire disuelto en el agua. Si esto es o no cierto, aun no está averiguado, pero tampoco puede negarse su posibilidad.

Bibliografía

"El amor de Schahrazada".—Con este título acaba de dar a publicidad su última producción literaria, el prestigioso escritor argentino, señor Arturo Capdevila.

Como en "La Sulamita",—el bellísimo poema escénico que el gobierno nacional ha premiado,—Capdevila ha escogido una antiquísima y deliciosa historia de amor para asunto de la obra que nos ocupa, en cuya prosa se advierte el encanto y la fuerza de los viejos relatos orientales.

"La belleza invisible".—En un volumen de cerca de doscientas páginas y bajo el título que precede, ha recopilado el señor Atilio Chiappori algunos escritos y conferencias sobre temas de arte, publicados los primeros en el diario "La Nación" y pronunciadas las segundas en el Museo Nacional.

A este libro, recientemente editado, seguirán otros dos, según anuncia su autor, los cuales se denominarán "El salón del Retiro" y "Las exposiciones extranjeras", y ellos contendrán la extensa labor de crítica de arte realizada por el señor Chiappori.

UNA PERLA RARA

Estábamos de sobremesa una docena de invitados en casa de Armando Abrisqueta, rico armador de Bilbao. Saboreábamos un aromático café, que terminaba una excelente comida íntima, sin aparato de etiqueta, pero toda ella de un gusto y una simplicidad tan exquisitos, que demostraba una ciencia perfecta en el arte que idealizó Brillat Savarin.

Cumplimentamos de buen grado a la hermosa y discreta dueña de la casa, y empezamos esa animada conversación, tan agradable después de comer bien y en buena y agradable compañía.

Se hablaba de todo: de política, de arte, de amor, de matrimonios, y por natural transición se habló de joyas.

—Prefiero los brillantes a las perlas—dijo una arrogante morena sentada a mi lado.

—Pues yo—exclamó la señora de la casa—prefiero las perlas, y os aseguro que tengo mis motivos para preferirlas...

—¡Ah! ¿Entonces existe una historia en el fondo de esa preferencia?—preguntó uno de nosotros.—¿Será usted tan amable, señora, que quiera referírnosla?

—¡Oh, Dios mío, acaso no os parezca tan interesante!—dijo la amable señora.

—De ninguna manera, contándola usted—le contestamos a una.

—Pues bien, sea; pero me permitiréis que ceda la palabra a mi marido.

—Y la tomo con gusto—exclamó vivamente nuestro anfitrión.

Nos dispusimos a escuchar atentamente.

Armando comenzó:

—Era yo muy joven por aquel entonces; libre de mis acciones, procuraba divertirme todo lo que podía por la noche, gozando de la libertad que me dejaban las siete horas de abrumador trabajo en el despacho del difunto banquero Elagorriaga, a quien todos habéis conocido; el banquero era un hombre rígido, de severos principios, de una actividad incansable para los negocios y que exigía a sus empleados un celo extraordinario y una conducta irreprochable por todos conceptos. Todos le temíamos.

Un día fuí a cenar con unos amigos, y, cosa natural entre jóvenes, bebimos y comimos alegremente, estando juntos hasta las tres de la mañana. A dicha hora me retiraba con la cabeza firme aún, pero alegre en demasía el corazón, pensando en que tenía que levantarme a las siete para acudir al despacho a las ocho en punto, nunca ni un minuto más tarde, pues el terrible Elagorriaga, que creo no dormía, estaba ya de punta en blanco observando la entrada de su personal a la hora fijada.

La noche era magnífica, y pensando que un buen paseo antes de acostarme despejaría del todo mi cabeza y me procuraría un descanso reparador, decidí recorrer a pie la larga distancia que mediaba desde el café de Fornos a la calle de Almagro, en donde tenía mi habitación de soltero.

Dirigíame, pues, fumando un buen cigarro, hacia mi casa, cuando al pasar por la acera izquierda del paseo de Recoletos vi en el suelo algo que brillaba. Me incliné y cogí una hermosa perla montada en oro; era un pendiente de gran valor, como desde luego se adivinaba.

¡Diablo, pensé, vaya qué encuentro! ¿Cómo ha podido perderse aquí este pendiente tan rico?

Levanté los ojos maquinalmente. Los balcones del primer piso de la casa frente a cuya puerta hallé la joya, estaban iluminados. En aquel momento llegaron a mis oídos las notas armoniosas de un vals. En la calle se veía una larga hilera de coches cerca de la puerta.

Sin duda alguna en aquella casa celebraban una fiesta y aquel pendiente era de una de las señoras invitadas.

Tuve por un momento la idea de entregar mi hallazgo al portero de la casa, pero me contuvo el reflexionar que la joya era muy rica y que acaso tentara la codicia del pobre hombre.

De pronto me decidí: eché una mirada a mi traje. Iba de etiqueta; me arreglé la corbata, me miré el calzado, ¡qué diantre! no estaba mal para presentarme un momento, entregar la joya y salir en seguida.

Y como lo pensé lo puse en práctica. Me acerqué a la gran puerta; el portero, viéndome vestido de etiqueta, pensó que era un invitado que llegaba algo retrasado. Subí hasta el primer piso. Un criado obsequioso me quitó el abrigo y sin preguntarme nada me introdujo en un saloncillo en cuyo umbral una dama elegantísima recibía a sus convidados.

Me dirigí hacia ella saludándola con respeto y algo confuso por mi situación en aquel momento.

La distinguida señora me recibió sin dejarme pronunciar palabra.

—¡Oh, amigo mío, qué tarde viene usted! Corra usted que alguna señorita está sin pareja y ha comenzado el baile.

—Señora, empecé a decir medio aturdido.

—Nada, nada, no quiero oír excusa por su retraso: quiero que vaya usted a bailar en seguida. ¡Jesús, venir tan tarde y no bailar, eso sería imperdonable!

Y sin dejarme añadir una palabra me llevó a otro salón, en donde ya bailaban algunas parejas, y deteniéndose delante de una encantadora jovencita, me dejó, saludándome con una encantadora sonrisa, y diciendo:

—Vamos, vamos, caballerito, a cumplir con su deber.

Francamente, el caso era original y no pude hacer otra cosa que ofrecer mi brazo a la gentil niña, que me miraba algo sorprendida de mi aturdimiento.

—Señorita,—exclamé al fin, quiere usted honrarme otorgándome el favor de este vals?

—Con mucho gusto,—contestó amablemente ella.

Y ahí me tienen ustedes bailando con una señorita a la que no conocía, en una casa asimismo desconocida, y arrastrado por la fuerza de las circunstancias a llenar mi papel de invitado, desconocido también para los dueños de la casa.

Adopté mi partido; la fiesta era agradable, mi pareja encantadora, dejéme dominar por la aventura y pensé que, una vez terminado el baile, podría dirigirme a la dueña de la casa, explicarle el suceso y devolverle la perla para que la entregara a la persona que la hubiese perdido.

Reflexionado esto, me dediqué a mi compañera de baile, cuya inocente belleza me había conmovido.

Valsamos. Ella bailaba admirablemente; las notas cadenciosas de la orquesta herían agradablemente mis oídos, y procuraba realzar mi prestigio de valsador para no desmerecer a los bellos ojos de mi pareja.

Pronto supe que se llamaba Elena, y una inexplicable y profunda simpatía nos hizo emprender una conversación animada. Observé en ella fino ingenio y una gracia exquisita; aquella niña sería una mujer encantadora y buena.

Hablábamos animadamente cuando, cansados de bailar, dimos un par de paseos alrededor del salón antes de terminar el vals.

De pronto un caballero de aspecto imponente se inclinó hacia la alfombra y recogiendo un objeto me lo entregó diciendo:

—Caballero, esta joya es de usted. He visto que le ha caído del bolsillo al bailar.

—Muchas gracias,—contesté, guardándola otra vez y prosiguiendo mi conversación con Elena.

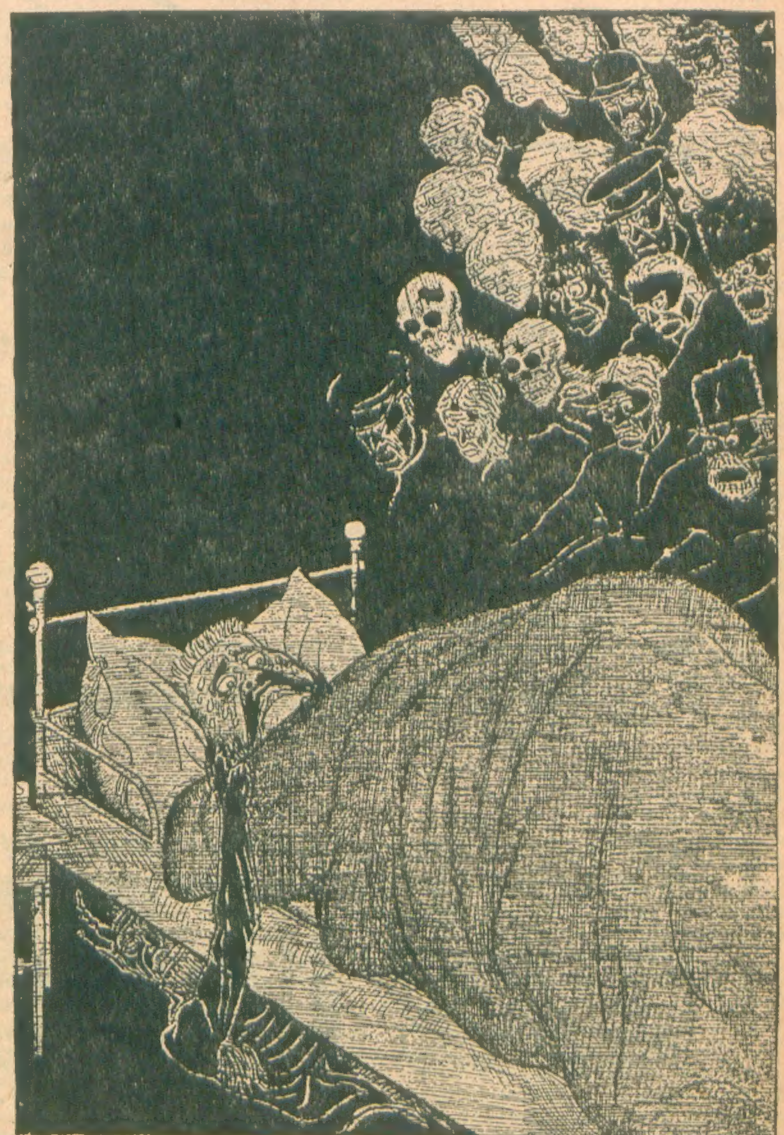
Cesó el vals y conduje a su asiento a mi pareja, quedándome a su lado después de buscar con la vista a la dueña de la casa y cerciorarme de que no podía llegar hasta ella, por estar ocupada reuniendo a sus íntimos para pasar al suntuoso comedor.

Pensé nuevamente que tenía tiempo para todo, y me dediqué a Elena, que me había enamorado profundamente.

De pronto advertí que nos quedamos solos y a poca distancia cuchicheaban varios caballeros, señalándome.

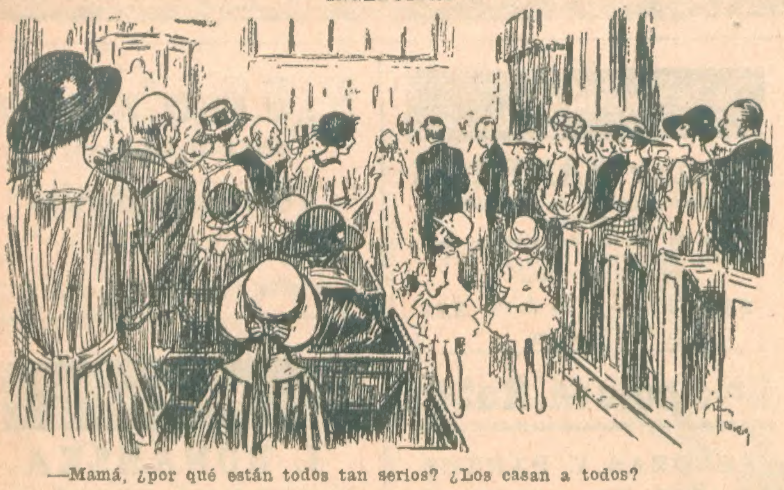
Extrañábame aquello, y de momento imaginé que los cuchicheos serían naturales, por percatarse todo el mundo

PESADILLA



Por qué Hindenburg ha resuelto no escribir sus memorias.

INGENUIDAD



—Mamá, ¿por qué están todos tan serios? ¿Los casan a todos?

de que yo era un intruso, puesto que ni yo conocía a nadie ni nadie me conocía.

Me disponía a explicar lo ocurrido, cuando vi que se cerraron todas las puertas y que el caballero de aspecto imponente, acompañado de otros con aire severo, se acercaba a mí.

—Este es,—dijo señalándome a un señor vestido de levita y que tenía aire de policía.

—¿Qué significa esto?—exclamé sin darme cuenta exacta de lo que sucedía.

—Esto significa sencillamente que es usted un ladrón,—contestó el que iba de levita, y que queda usted detenido.

—Pero esto no es posible,—exclamé. —¡Yo ladrón! Vamos, basta de bromas.

—¡Ea, no más palabras y registrarle!—ordenó el policía a dos agentes que se aproximaban de uniforme, llamados sin duda por el dueño de la casa.

—Pero, señores, esto es una equivocación,—intenté decir.

—No me dejaron hablar; registrado brutalmente, hallaron la perla y se la entregaron al inspector, que a su vez la dió al caballero que antes me la había entregado.

—Sí, esta es, señores. ¡Qué cinismo! Esta perla es un pendiente de mi mujer, que seguramente por estar mal prendido se le cayó, y este ladronzuelo se apoderó de ella. Yo la vi en el suelo, y pensando que era de él, se la entregué, aunque me sorprendió el hallazgo y el ser parecido a los pendientes de mi mujer. Consulté con ella y vi que era suyo; comprendí entonces lo ocurrido y avisé a la policía. Es preciso tener una desfachatez muy grande para vestirse de caballero y presentarse a robar en una casa. ¡Y mi hija que ha bailado con él! ¡Qué vergüenza!

Excuso deciros el escándalo que tuvo lugar después de semejantes frases; mi linda pareja se desmayó, las señoras corrían asustadas, y yo, avergonzado, perplejo, sin hallar palabras para defenderme y explicar lo ocurrido, me vi empujado y llevado en andas por los policías, que sin atender a mis ruegos me llevaron a escape a la prevención.

Antes de salir, en medio de mi tribulación, no perdí de vista a Elena, que en aquel momento abría los ojos, y con la mirada pareció decirme que no creía en la inculpación de que era víctima.

Llegué a la prevención, y allí, más tranquilo, conté la historia de la perla al inspector, mandé llamar a mis amigos, y naturalmente, tantas personas respetables y de autoridad abonaron mi conducta y personalidad, que salí de allí casi perdonando a los agentes y al inspector el mal trato que me habían dado.

Como podéis suponer, al siguiente día no estaba yo en mi puesto en casa del banquero Elagorriaga, y éste, al verme entrar a las nueve de la mañana con los ojos hinchados y malhumorado, impuesto ya de mi aventura, me llamó a su despacho y me dijo:

—Caballerito, su conducta de usted es censurable y mi casa es demasiado seria para admitir empleados que se retiran a las tres de la madrugada a su casa y a quien le ocurren aventuras tan comprometedoras. Ya sabe usted mis costumbres y mis órdenes. Queda usted despedido. Retírese.

Figuraos mi desesperación; no solamente perdía una oficina respetable y con mi puesto un sueldo de ocho mil reales, sino que además me veía desacreditado y sin informes buenos para ingresar en otra casa.

Pasé unos días atroces. Más calmado, me enteré de que el padre de Elena, mi inolvidable pareja de baile, cuyo recuerdo me asediaba siempre, era un riquísimo naviero, cuyas oficinas eran tanto o más importantes si cabe que las de Elagorriaga.

Pensé que aquel señor en su precipitación era el causante de mi malaventura actual, y que, por lo tanto, en justicia me debía una reparación.

Me presenté en seguida en su despacho y me recibió mejor de lo que creí. Informado posteriormente de mis circunstancias y familia, lamentó su ofuscación, y así me lo expresó cariñosamente.

—Estuve grosero y cruel, no tengo inconveniente en confesarlo, joven amigo: perdóneme usted el que no dejara explicarle, ni mi mujer tampoco, creyéndole uno de tantos invitados que uno no conoce, pero que recibe todos los días. Le debo una reparación y la tendrá. Desde este momento queda usted en mi despacho con doce mil reales, y si usted se porta como espero, tiene aquí seguro su porvenir.

Como comprenderéis, me deshice en frases de gratitud, y al día siguiente empecé mi servicio en casa del bondadoso naviero cuya hija me había robado el alma, bendiciendo el hallazgo de la perla que me hizo hallar otra más valiosa aún, pasados algunos años.

—¿Otra perla?—exclamamos todos.

—Sí, amigos míos, ésta,—contestó Abrisqueta levantándose y abrazando tiernamente a su mujer, que correspondió sonriendo a la caricia. Y ruego a ustedes no extrañen esta familiaridad. Abrazo a mi mujer con mucho gusto, y cuento mi aventura siempre que puedo.

Todos nos miramos sonriendo, los hombres envidiosos.

Elena era muy hermosa y era muy buena.

Una perla rara.

Enrique BAYONA.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital		En el exterior		En el Interior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre $ oro	2.00	Trimestre	$ 3.00
Semestre	5.00	Semestre	4.00	Semestre	6.00
Año	9.00	Año	8.00	Año	11.00
N.º suelto	20 cts.			N.º suelto	25 cts.
N.º atrasado	40 ..			N.º atrasado	50 ..

Dirección y Administración: P. COLON, 1266.—U. T. 184. Avenida

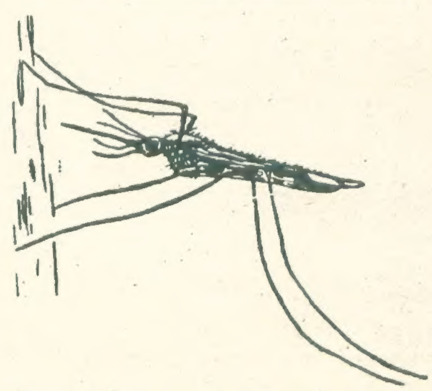
No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Escalofrío y fiebre



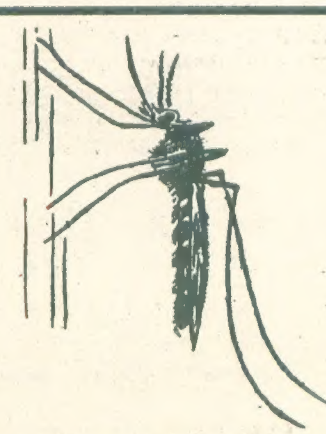
He aquí un mosquito que produce paludismo.

El PALUDISMO se propaga por el mosquito anofeles y nada más que por él.



Los mosquitos propagadores del paludismo se posan de este modo

Usted puede distinguir un mosquito productor del paludismo de otro que no lo propaga



Otros mosquitos (que no son transmisores) se posan así

La picadura del anofeles introduce los parásitos del paludismo en la sangre del hombre

USTED PUEDE AYUDAR A EVITAR EL PALUDISMO

Destruyendo los refugios y viveros de mosquitos; cortando las hierbas y arbustos que crecen cerca de las casas, charcos y lagunas.

Deseque o terraplene lagunas y pantanos doquiera sea ello posible.
Petrolice los depósitos de agua.
Vacíe los receptáculos inútiles.
Mantenga tapados los recipientes que contienen agua llovida.
Cambie cada diez días el agua de los bebederos.

Colocando tela metálica en las puertas y ventanas de su casa y usando mosquiteros. Permaneciendo dentro de las habitaciones después de la caída de la tarde.

Si usted vive en regiones palúdicas, donde abunda la vegetación y especialmente en las proximidades de ríos y pantanos en días húmedos y nebulosos, protéjase la cara con tul, use guantes y cubra con telas a través de las cuales no puedan introducir la trompa los mosquitos, todas aquellas partes de su epidermis expuestas a las picaduras de los anofeles.

Sin mosquitos anofeles no hay paludismo

CARTEL PUBLICADO POR LA LIGA SANITARIA DEL NORTE

EL PERRO TONY



Recórtese el grabado, péguese sobre un papel blanco y continúense las líneas según indica el texto.

GRAN CONCURSO DE INGENIO

Productora Americana

Presentamos a nuestros favorecedores a este simpático perrito que sentado pacientemente espera encontrar un amo que con sus caricias le haga más soportable la vida. Si quieren ustedes ayudarlo en la tarea de encontrarle dueño, no tienen más que continuar las líneas del exterior de la figura, hasta completar con los trazos marcados el protector que tanto anhela.

Todo aquel niño o persona mayor que nos remita la solución, obtendrá un premio, pues a más de demostrar su ingenio dirá como el gran SARMIENTO: "Sed compasivos con los animales".

LOS PREMIOS SE DISTRIBUIRÁN DE LA SIGUIENTE MANERA:

1	Primer gran premio.	$ 500.—
1	Segundo premio.	„ 250.—
2	Terceros premios de $ 100.— cada uno.	„ 200.—
5	Cuartos premios de $ 50.— cada uno.	„ 250.—
10	Quintos premios de $ 25.— cada uno.	„ 250.—
50	Sextos premios de $ 10.— cada uno.	„ 500.—
100	Séptimos premios de $ 5.— cada uno.	„ 500.—
200	Octavos premios de $ 2.50 cada uno.	„ 500.—
369		$ 2.950.—

PREMIOS adicionales:

A los concurrentes que envíen mayor número de soluciones, sean o no premiadas:

1	Primer gran premio.	$ 200.—	y 20 tabletas de chocolate.
1	Segundo premio.	„ 100.—	„ 20 „ „ „
2	Terceros premios de $ 50.— cada uno.	„ 100.—	„ 10 „ „ „
4	Cuartos premios de $ 25.— cada uno.	„ 100.—	„ 10 „ „ „
10	Quintos premios de $ 5.— cada uno	„ 50.—	„ 5 „ „ „
790	Sextos premios de UNA tableta de CHOCOLATE "PRODUCTORA AMERICANA", de $ 0.75 c/u.		
808		$ 550.—	

TOTAL DE PREMIOS: 1.177.

Total en efectivo. . . . $ 3.500.— m/n.
„ „ chocolates. . . „ 705.— m/n.

BASES Y CONDICIONES:

Este concurso queda abierto desde el día 2 de junio de 1919, cerrándose indefectiblemente el día 15 de octubre de 1919, a las 6 p. m., después de cuyo día y hora no se tendrán en cuenta las soluciones remitidas.

El primer premio será adjudicado al concursante que nos envíe la solución más completa. Los demás premios se adjudicarán por orden de mérito.

Para tomar parte en este CONCURSO, es indispensable que cada solución venga acompañada del monograma que se encuentra en la parte superior de cada envoltorio del chocolate "RRODUCTORA AMERICANA" (etiqueta marrón).

Cada concursante puede remitir cualquier cantidad de soluciones, no siendo tomadas en cuenta aquellas que no reunan las condiciones arriba mencionadas.

Las soluciones deberán ser remitidas a CONCURSO "PRODUCTORA AMERICANA", a cargo de "Fray Mocho", Paseo Colón 1266, Buenos Aires.

E. PARODI & Cía.

RIVADAVIA, 620 BUENOS AIRES

